

libro al viento



UNA CAMPAÑA
DEL INSTITUTO
DISTRITAL
DE CULTURA
Y TURISMO
Y LA SECRETARÍA
DE EDUCACIÓN



IFPC-UNESCO

Con el aval del Fondo Internacional
para la Promoción de la Cultura



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D. C.

Secretaría
EDUCACIÓN

Instituto Distrital
CULTURA Y TURISMO
Una Cooperación por el Orgullo

Bogotá sin indiferencia

Por qué leer

y escribir

Alcaldía Mayor de Bogotá

Instituto Distrital de Cultura y Turismo
Secretaría de Educación del Distrito

POR QUÉ LEER

Y ESCRIBIR

Selección de Silvia Castrillón

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D. C.
Instituto Distrita
CULTURA Y TURIS

Secretaría
EDUCACIÓN

Bogotá sin indiferencia

Luis Eduardo Garzón
ALCALDE MAYOR DE BOGOTÁ

Instituto Distrital de Cultura y Turismo

Martha Senn
DIRECTORA

Víctor Manuel Rodríguez Sarmiento
SUBDIRECTOR DE FOMENTO A LAS ARTES
Y LAS EXPRESIONES CULTURALES

Ana Roda
GERENTE DE LITERATURA

Secretaría de Educación del Distrito

Abel Rodríguez Céspedes
SECRETARIO DE EDUCACIÓN DISTRITAL

Francisco Cajiao
SUBSECRETARIO ACADÉMICO

Isabel Cristina López
DIRECTORA DE GESTIÓN INSTITUCIONAL

Elsa Inés Pineda Guevara
SUBDIRECTORA DE MEDIOS EDUCATIVOS

© Instituto Distrital de Cultura y Turismo

www.idct.gov.co

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin permiso del editor

ISBN 958-8232-79-1

Asesor editorial: Julio Paredes Castro

Coordinadora de publicaciones: Diana Rey Quintero

Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso por Prensa Moderna Impresores. Hecho en Colombia

CONTENIDO

Presentación	
FRANCISCO CAJIAO	9
Por qué los clásicos	25
SILVIA CASTRILLÓN	
Lo que entregan los libros	45
WILLIAM OSPINA	
Literatura y oxígeno	65
EMA WOLF	
Retirados a la sombra de nuestros párpados	71
GRACIELA MONTES	
Un consejo para escritores principiantes: “Cuando se trata de escribir, eres lo que lees”	105
AIDAN CHAMBERS	
Carta con cartilla	
<i>Acerca del buen escribir</i>	113
DARÍO JARAMILLO AGUDELO	

PRESENTACIÓN

Si hay algo que vuela lejos en el mundo es la palabra. Literalmente vuela, porque el sonido que lanzamos al viento se monta en el aire y va de mi boca al oído tuyo, donde se cuela misteriosamente para tocar otros miles de palabras que duermen en tu cerebro vistiendo pensamientos, adornando recuerdos, descifrando olores y sabores, tacto, deseos... Luego tomas ese pájaro inquieto que movió emociones, que despertó otras palabras dormidas en la profunda intimidad y vuelves a reconstruir mi palabra para enviarla con la tuya al viento, rumbo a otro corazón y a otro oído.

Así funciona esa magia humana que más tarde se convierte en cartas que viajan en avión y en barco, a través de todas esas ondas raras que hacen que funcione el correo electrónico, el telégrafo o el fax. Y a veces no son cartas sino libros que una vez escritos quedan libres como mariposas, liberados de la esclavitud de quien los hizo, y van de mano en

mano diciendo a cada quien cosas diversas, alimentando vidas, aliviando silencios, ocupando ratos muertos. Así son los libros, siempre movidos por el viento que los lleva de un lugar a otro sin planes precisos, sin destino fijo.

Semejante maravilla sólo puede surgir de una especie que es capaz de leer y escribir y de ese modo conserva la memoria de los siglos, comparte sueños y construye mundos. Por eso no hay nadie tan importante en la vida de un ser humano como el maestro o la maestra que enseñó el arte y el gusto de leer y escribir, porque a través de esta labor libera del silencio a sus alumnos.

No es otro el significado de este nuevo libro que se lanza al viento para inspirar a quienes han asumido semejante tarea como primordial sentido de su vida.

Me han pedido introducir esta obra donde se compendian textos que sin duda servirán de inspiración a tantos educadores consagrados y, desde mi propio ejercicio de maestro, he querido ofrecer un aparte de un libro que escribí hace poco, después de haber trajinado por diversas partes del mundo pensando en ese alimento primordial de los

humanos que es la cultura, es decir, aquello que le da significado colectivo a la comunidad humana.

Qué fue primero: ¿la gallina o el huevo?

Es claro que primero tuvo que aparecer la escritura porque de otro modo no habría habido nada que leer. Inclusive teniendo en cuenta que leer es algo más que descifrar secuencias de letras y sintaxis lingüísticas. Además, desde hace más de cinco mil años existen abundantes textos escritos en Egipto, Mesopotamia, Creta y China y sin embargo es seguro que eran más los que sabían escribir que los que podían leer. También se puede decir lo mismo de todo el mundo mediterráneo durante la Edad Media... En fin, dejando de lado a los escribientes, escribas o escribanos que seguramente eran capaces de leer sus propios textos, muy pocos tenían la posibilidad de descifrar jeroglíficos, tablillas cuneiformes o ideogramas.

Desde que la escritura fonética irrumpió en la historia humana, la mayoría de las personas entienden la lectura como el ejercicio de asignar sonidos a los signos y luego convertirlos de nuevo en lenguaje oral, así sea en ese proceso tan misterioso como complejo que es la lectura silenciosa a la cual

dedican tanta parte de su vida las personas en este mundo actual, infestado de textos de todas clases, tamaños y funciones. Sin embargo, es importante en el mundo contemporáneo tomar conciencia de que la lectura es mucho más que esto, dado que ahora hay una gran variedad de nuevas formas de escritura. Y esta reflexión tiene una especial validez para quienes se ocupan de la educación, pues todavía las instituciones escolares siguen pensando que para leer con eficacia es suficiente descifrar el abecedario.

En el mundo de hoy siempre se está leyendo desde que se despierta en la mañana hasta que se vuelve a dormir. La mayoría de los textos son lacónicos, inexpresivos en su contenido y exuberantes en su forma. Se entra a la tienda o al supermercado y aparece la inmensa variedad de productos, cada uno con un nombre simple y directo como arroz, sal o lenteja, escrito sobre la caja o la bolsa en la que viene empacado, y casi siempre una palabra que no tiene nada que ver con lo que se quiere comprar porque es una marca como Manuelita, Roa, El Rey, Alpina, o, peor aún, palabras de otros mundos y otras lenguas (Parmalat, Nestlé, Quaker) que sustituyen el valor de leche, azúcar, pimienta, maíz... Entonces no se

comprará el producto directamente del bulto, como hacían las abuelas en la plaza de mercado, sino el color y el nombre de la caja. Y más allá se encontrarán otras palabras con valor universal como Coca-Cola.

Se va al trabajo y se debe leer la ruta del bus, el nombre o el número de la calle por donde se pasa, los signos de tránsito que dan vía o prohíben el paso. Tal vez se entre a un café, a un restaurante, a un banco o a una papelería y en cada sitio habrá textos por todas partes: unos con luces que proclaman el nombre del lugar, otros sobre las paredes publicitando productos, haciendo advertencias o confundiendo; por otro lado habrá formularios que llenar, menús en los cuales elegir, pantallas de computadora con las cuales se hacen transacciones...

Por todas partes hay pequeñas palabras, mensajes inconexos, dibujos y nombres sin significados que es necesario asociar con cosas que sí tienen significado. Este es el verdadero trabajo del lector cotidiano: saber orientarse a través de una selva intrincada de signos que lo persiguen y lo invaden y que puede no entender pero de los cuales no puede escapar.

Pero quien no puede leer porque no sabe, o porque sus ojos no se lo permiten, está terriblemente desvalido para sortear con éxito sus horas de trabajo o de ocio en los laberintos urbanos. Igual le sucede a quien está en una ciudad o un país extraño donde además de no conocer el idioma, tampoco sabe leer un mapa u orientarse por los signos dispuestos en las paredes. Es necesario saber leer los horarios de aviones y trenes y relacionarlos con una lógica de operación de estos monstruos que pueden llevarse a alguien al lugar más inesperado sin que siquiera logre darse cuenta.

Quienes se internan en el desierto, en la selva, en las montañas o en las inmensas llanuras despobladas de la tierra saben que también allí existen lenguajes sin los cuales se estará en un peligro mucho mayor que el del analfabeta en la ciudad. La naturaleza tiene sus signos y sus escrituras. Con ellas se anuncia el clima, la existencia de alimentos, el peligro de fieras, la proximidad de la tormenta. De ese lenguaje saben quienes han nacido y crecido en el campo y distinguen el canto de los pájaros y el rumbo de las nubes.

A su vez, hay lenguajes y signos característicos de diversos sitios: la escuela tiene el suyo, lo tienen

también la fábrica, la discoteca, el balneario, el cuartel, el convento, el cementerio, el restaurante, el hotel, la estación de buses. En todos estos lugares confluyen letras, palabras, graffitis, pantallas electrónicas, avisos en las paredes, anuncios luminosos, objetos marcados que deben ser debidamente leídos e identificados: se irá, por ejemplo, a ver la película *Aliens* a la sala de cine número 3 en el Centro Comercial Santa Lucrecia, en el asiento 4 de la fila 6 en la función de las 9:30. Y, claro, todos estos lugares tienen que ser leídos para poder ser usados y habitados.

En otras palabras, leer no es más que una forma humana de habitar el mundo, sobretodo un mundo sobre el cual se pueda tener un mínimo grado de control. Y, por supuesto, leer es mucho más que descifrar mecánicamente unos signos, pues lo que importa en realidad no es cómo suenan, sino lo que esos pequeños dibujos pueden desencadenar en nuestro cerebro y en nuestros sentimientos, moviendo pensamientos y orientando nuestras acciones. Si se piensa con cuidado es fácil darse cuenta de que buena parte de las actuaciones de las personas, de lo que hacen y dejan de hacer, está dirigido por los textos que leen, especialmente de aquellos que sugieren,

indican y convencen mediante mecanismos de persuasión lacónicos y eficaces.

Se gasta mucho tiempo enseñando a los niños pequeños a unir letras y palabras que ellos no comprenden ni necesitan, mientras se olvida que su lectura real es otra y que desde que nacen están en contacto con un mundo físico y humano que deben descifrar continuamente como parte de su aprendizaje esencial de supervivencia. Pero también sus gustos, sus deseos y sus placeres comienzan a estar asociados desde muy pronto con palabras especiales como Coca-Cola cuyo significado, forma, sabor y contenido no tienen que ver con el desciframiento alfabético de la ce con la o, la ce con la a, etc., sino con un significado global que involucra un tipo de letra, un gusto, una alegría de vivir, una música, un color... porque todo eso es Coca-Cola que escrita de otro modo no significa lo mismo.

Por eso su forma se traslada a otras caligrafías de manera mágica para conservar el significado primordial que traspasa barreras culturales, históricas y lingüísticas. En Beira, la segunda ciudad de Mozambique, hay un gran monumento de cemento en una glorieta vehicular de un lugar céntrico que

representa una botella de Coca-Cola de más de tres metros. ¡Como si se tratara de un prócer!

Uniendo un tipo particular de grafismos, unos colores, la forma de una botella y un nombre que no corresponde a ningún idioma es posible saber que cierta cosa se lee *cocacola* sin importar si está escrito en caracteres chinos, árabes, japoneses, hebreos o cirílicos. De esta misma forma universal que un colores, usos, deseos y palabras aprenden los niños desde muy pequeños a leer gran parte del mundo de signos que los rodea, asociando sonidos y sabores, canciones y juguetes, marcas y prestigio. La lectura significativa temprana, que es esta de la cual se está hablando ahora, está profundamente ligada al mundo del consumo, de la fabricación de necesidades, de la domesticación inicial de los deseos y los gustos*. Esta es la lectura inicial que mueve compulsivamente a la acción, porque genera la necesidad de comprar, de tener, de consumir desde la primera infancia.

Este inmenso mundo de signos escritos, que invaden todos los lugares de las ciudades y avanzan

* Sobre Nakamura en la Bienal de Venecia 2001 y el monumento a McDonalds.

cada vez más hacia los campos, produce lectores inmediatos, espontáneos, que no requieren haber ido a la escuela para saber descifrar el nombre del deseo que se escribe en cada producto y en cada aviso publicitario. Se puede ser analfabeto en el sentido convencional y ‘leer’ sin titubeos el nombre de la leche, la marca de la bicicleta, distinguir si un televisor es Sony o Samsung... Basta sólo un poco de tiempo bajo la influencia visual de las vallas publicitarias, los empaques de productos, los *gingles* de la radio y los video-clips de la televisión para volverse un hábil lector.

De otra parte, hay todavía millones de seres humanos que viven alejados de estos mundos de palabras ‘comprables’ y comestibles. Se puede viajar en muchos países del tercer mundo durante horas, días y aun semanas sin ver nada distinto del paisaje: desiertos, sabanas, montañas, ríos, selvas. En esos lugares todavía hay mucha gente que vive en una época diversa, en la cual el signo escrito no parece inventado, donde no llegan las señales de radio o televisión, donde aún se menosprecia el uso de la rueda. Desde luego, la mayoría de esas personas, sean niñas y niños o adultos de todas las edades, continúan siendo analfabetas totales, no por el hecho de que no sepan

leer, sino porque no tienen cosas que leer, porque no hay signos lingüísticos escritos sobre los árboles o las rocas de los cuales dependa su vida, como ocurre en el caso de los habitantes de las ciudades.

Las palabras de la cotidianidad urbana, con toda su fuerza expresiva, constituyen un mundo propio capaz de pensamientos, deseos, urgencias y acciones muy diferentes a aquellas propias de los mundos en que predominan las cosas, los objetos directos de la naturaleza. En estos mundos, donde habita todavía una gran parte de la humanidad, la vida depende de otros tipos de lectura que conducen a orientar la vida individual y colectiva por la dura senda de la supervivencia en condiciones hostiles. En muchos lugares aislados del sur de África, de la cordillera de los Andes o de la estepa asiática, lo que se debe aprender de forma precoz es la solidaridad de grupo y el apego irracional a la tradición sin los cuales es muy difícil sobrevivir a la adversidad del clima, la irregularidad de las cosechas y las precariedades de la salud. Es lo que se suele denominar con el nombre genérico de “la pobreza”.

El asunto del analfabetismo es, entonces, un asunto de pobreza. Quienes no leen y escriben son

los pobres de la tierra, no por el hecho de no tener habilidad lecto-escritora, sino porque en los lugares que habitan hay pobreza de símbolos, de información, de oportunidades, de imágenes de la vida, de deseos, de aspiraciones, de instrumentos, de casi todo lo que pueden hacer los seres humanos –bueno o malo– para reinventar el mundo más allá de su estado primigenio.

Riqueza y pobreza humanas son términos que guardan estrecha relación con la necesidad mayor o menor de escribir y leer. Son más pobres los que necesitan muy poco de la lectura, porque eso significa que los mundos en que habitan requieren pocas palabras para ser ocupados: quizá sea suficiente conocer nombres y marcas de productos, rutas de buses, nombres de calles, sin ninguna lógica, para deambular pidiendo limosna en los semáforos de las grandes ciudades. Entonces se abandona la escuela en tercero o cuarto grado, porque más allá de estas cosas no se requiere saber leer instrucciones de uso de alimentos precocidos, ni manuales técnicos de aparatos tecnológicos, ni novelas, ni periódicos: para saberlo todo están la radio omnipresente y la televisión que siempre es posible conseguir aunque

sea en los grandes tugurios de Latinoamérica o de Asia. Quienes viven en el entorno de la riqueza, de la producción de alta tecnología, de los circuitos financieros, de la vida intelectual requieren, en cambio, altos niveles de capacidad lectora, pues casi nada en su vida viene sin la mediación de la palabra escrita: hasta para gustar el alimento es necesario leer antes su nombre en el menú del restaurante. También los obreros de fábricas robotizadas, los funcionarios de los bancos, las camareras de los hoteles internacionales de lujo deben leer con fluidez –y normalmente en más de un idioma– para tener idoneidad mínima en sus cargos. Pero también deben ser capaces de usar sistemas digitales a través de computadoras u otros instrumentos y maquinarias para extraer información (leer) o ingresar datos (escribir). El trabajo en el universo de la riqueza (siempre relativo y siempre por definir) sustituye la fuerza de las manos con el poder de las palabras, trabaja con símbolos y obliga a los seres humanos a usar más su inteligencia que su habilidad motriz. Por el contrario, el trabajo en el mundo de la pobreza siempre estará más asociado con el músculo que con el cerebro, con el esfuerzo físico que con el ejercicio mental.

También quienes se esfuerzan más por comprender su naturaleza y la naturaleza de sus relaciones con el mundo y con los otros requieren más de la lectura que aquellos que viven solamente en el momento, pendientes de encontrar lo que su impulso les exige en el instante. Leen muchos libros quienes no se contentan con leer los mensajes publicitarios que orientan la moda, el alimento y el amor. Leen historias y novelas quienes tienen necesidad de llenar su tiempo y su memoria de acontecimientos y relatos más extensos que el recuerdo de su propia vida. Y si lo hacen, tal vez no sea por el hecho de que sepan leer, sino porque seguramente desde niños estuvieron rodeados de esos misteriosos objetos en cuyo interior se sospechaba que podrían existir secretos maravillosos. Por el contrario leen pocos libros quienes viven solamente para comprar las cosas que el momento les exige, porque quizá siempre estuvieron rodeados de anuncios sugestivos y revistas llenas de fórmulas mágicas para la felicidad.

Este extenso juego de ideas sobre la lectura y el analfabetismo (que por ningún motivo tiene la intención de ser tomado como una teoría) lo que pretende mostrar es que lo más importante no es

enseñar las habilidades propias de la lectura, como desciframiento de los signos convencionales de nuestro abecedario fonético, sino tratar de crear las múltiples necesidades de la lectura en grupos humanos que hasta ahora no la han necesitado porque en su entorno no hay libros, no hay empleo de alto nivel productivo y exigencia educativa y no parece haber interés real de nadie en que salgan de su ignorancia y su enajenación.

FRANCISCO CAJIAO

Por qué los clásicos

SILVIA CASTRILLÓN

EN OCTUBRE de 2004 nos visitó la profesora española Teresa Colomer para hablar precisamente sobre *los clásicos*. En una conferencia, ante un público de maestros, mostró cómo estos libros permiten compartir “en vertical”, es decir entre generaciones, la herencia de la tradición. Teresa estaba muy preocupada, pensaba que su discurso iba a estar descontextualizado pues en un país con tantas preocupaciones como Colombia no tendría lugar la lectura de los clásicos. Sin embargo muy pronto disipó sus dudas a raíz de dos situaciones que presencié.

La primera, en casa de una amiga, alguien narró la acción valerosa de las mujeres de una pequeña población colombiana, que salieron a dar sepultura a sus muertos después de una masacre perpetuada por paramilitares; muertos que nadie se atrevía a enterrar por el terror de manifestar su relación con ellos. La narración de este hecho produjo un silencio que fue roto con una sola palabra: Antígona. Teresa confesó luego que sin esa referencia a la tragedia griega ella no habría entendido en toda su dimensión la tragedia colombiana.

El segundo episodio lo presencié Teresa en Medellín, en una comuna víctima también de la

guerra y de la pobreza. En una pequeña biblioteca popular Teresa encontró a dos niñas muy pequeñas que leían a Andersen con mucho entusiasmo. Por qué disfrutaban estas niñas la lectura de cuentos tan dolorosos, siendo ellas víctimas de la violencia, es algo que no sabremos responder con certeza. De lo que sí podemos estar seguros es de que la conferencia de Teresa había caído en un terreno abonado.

A continuación presento algunas consideraciones acerca de la importancia de la lectura de los clásicos, consideraciones que parten, en alguna medida, de la selección de los libros de la colección *Libro al Viento*.

¿En primer lugar, qué es un clásico?

No es fácil intentar una definición de los *clásicos*. Cada cual tiene la suya, pues justamente una de sus condiciones es que son obras que permiten una apropiación individual, personal, única. Aidan Chambers dice que cada persona que actúe como mediador de lectura debe construir su propio repertorio y este repertorio es en última instancia la lista de sus clásicos propios, de su canon particular. Canon que por otra parte se modifica permanentemente.

En lugar de dar, entonces, una definición de los *clásicos*, me permitiré presentar algunas, elegidas casi al azar, de escritores y especialistas, sobre todo aquellas que encierran las razones de su importancia.

Comenzaré con la del escritor y crítico colombiano Hugo Chaparro quien afirma que “un *clásico* es un contemporáneo de su futuro”. Esta definición nos recuerda que una de las condiciones fundamentales de los *clásicos* es su universalidad y su capacidad de trascender el tiempo. Capacidad que permite ese compartir en vertical del que habla Teresa Colomer.

Por su parte, Italo Calvino propone en su libro *Por qué leer los clásicos* varias definiciones todas muy sugestivas, una de las cuales se refiere de manera muy directa a las lecturas de infancia y juventud.

Los clásicos son libros que ejercen una influencia particular ya sea cuando se imponen por inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual. (Calvino: 1991, p. 14)

Cuenta Eduardo Galeano en el *Libro de los abrazos* que:

Cuando Lucía Peláez era una niña, leyó una novela a escondidas. La leyó a pedacitos, noche tras noche, ocultándola bajo la almohada. [...].

Mucho caminó Lucía, después, mientras pasaban los años. En busca de fantasmas caminó por los farallones sobre el río Antioquia, y en busca de gente caminó por la calles de las ciudades violentas.

Mucho caminó Lucía, y a lo largo de su viaje iba siempre acompañada por los ecos de los ecos de aquellas lejanas voces que ella había escuchado, con sus ojos, en la infancia.

Lucía no ha vuelto a leer ese libro. Ya no lo reconocería. Tanto le ha crecido adentro que ahora es otro, ahora es suyo. (Galeano: 1991, p. 8)

Hablando de los *clásicos* para niños y jóvenes Geneviève Patte dice que:

Un *clásico* es un libro que a nivel del niño, de su experiencia y de su comprensión trata de manera eficaz los acontecimientos importantes de la existencia humana: el nacimiento, la muerte, la amistad, el odio, la fidelidad, la tristeza, la injusticia, la duda, la certeza... (Patte: 1983, p. 43)

Dice también que los clásicos se convierten en libros imprescindibles y que, otra constante, trascienden el tiempo y la moda.

Para mí los clásicos infantiles y juveniles son, por una parte, aquellos que leímos en la infancia y que los niños de hoy sólo reconocen por sus versiones cinematográficas que, por lo general, no dejan más que un bagazo sentimental y romántico: Andersen, Dickens, Defoe, Kipling, Perrault, Grimm, Twain, Carroll, Swift, Quiroga, Collodi, Barrie, Stevenson, Salinger, Poe... Pero también los que – a pesar de la negación que de ellos hace la industria editorial que considera prescrito todo lo que se haya publicado ayer– no han podido ser desterrados por la reverencia incondicional a las novedades. Son figuras como Christine Nöstlinger, Maria Gripe, Katherine Paterson, Arnold Lobel, Leo Leonni, Lygia Bojunga, entre muchos otros.

Voy a mencionar apenas algunos de los clásicos cuya lectura se privilegia en programas de promoción de lectura, y ante la imposibilidad de hacer un análisis más detallado de cada uno de ellos, recomiendo acudir a algunos ensayos en donde se estimula su lectura en versiones íntegras. Mencionaré

tres de la primera categoría, es decir de los anteriores al siglo XX y tres clásicos de los que podrían llamarse contemporáneos.

Pinocho. Éste es un ejemplo de cómo una obra puede ser estereotipada y maltratada con adaptaciones simplificadoras e interpretaciones ligeras. Para una comprensión de la importancia de esta obra remito al texto de Marina Colasanti *Alicia, Pinocho y Peter Pan: la lectura que siempre se renueva* y al de Italo Calvino *Pinocho o las andanzas de un pícaro de madera* escrito cuando el clásico cumplió 100 años.

Sobre *Alicia*, así como sobre Carroll y sus juegos con el lenguaje, recomiendo los ensayos de Graciela Montes que aparecen en *El corral de la infancia*. Dicho sea de paso que Graciela tiene, a mi modo de ver, una de las obras que pueden incluirse en la categoría de clásicos para todas las edades: *Casipero del hambre*.

La isla del tesoro. Fernando Savater, lector y relector de clásicos afirma que esta obra “reúne con perfección más singular lo iniciático, lo épico, las sombras de la violencia y lo macabro con el fulgor incomparable de la audacia victoriosa, el perfume de la aventura marinera –que siempre es la aventura

más perfecta, la absoluta”. Recomiendo la lectura de *Infancia recuperada*, en donde habla no sólo de éste sino de otros clásicos infantiles y juveniles.

De los clásicos contemporáneos he elegido, con mucha dificultad, los siguientes:

Los hijos del vidriero. No es fácil elegir una obra de Maria Gripe. Mi admiración por esta autora sueca es vieja y prácticamente incondicional. Es asombrosa su contemporaneidad con niños y jóvenes más allá de cualquier geografía. De ahí la razón de su universalidad y actualidad. *Los hijos del vidriero*, es tal vez, una de sus obras más inquietantes y en donde plantea la complejidad de la naturaleza humana y su relación con el bien y el mal. Para una mejor aproximación remito al análisis realizado por un equipo coordinado por Teresa Colomer y publicado bajo el título *Siete llaves para comprender las historias infantiles*. (Colomer: 2002)

La colina de Watership de Richard Adams que, a pesar de haber sido un *bestseller* internacional en 1972 con más de un millón de ejemplares, es ahora prácticamente desconocido. Se trata de una “fábula política” según palabras de Alison Lurie, quien habla de éste y otros clásicos infantiles y

juveniles en el libro *No se lo cuentes a los mayores*. (Lurie: 1998)

Para los más pequeños –lo que no excluye las otras edades– elijo a Arnold Lobel que sirve de ejemplo a Gareth Matthews en su libro *El niño y la filosofía* para afirmar que son los autores de libros para niños y jóvenes tal vez los únicos que reconocen la capacidad del niño para plantearse preguntas filosóficas (critica a Piaget y a Bettelheim por no haber mencionado esta condición del niño). Todas las obras de Lobel podrían mirarse con esta lente, pero citaré sólo la que sirve de ejemplo a Matthews: *Sapo y Sepo* en el cuento *Galletas* en donde, mediante un diálogo muy inteligente y a la vez muy infantil entre Sapo y Sepo, se plantea el problema de la voluntad y de la fuerza de voluntad, nociones filosóficamente molestas y desconcertantes: “fuerza de voluntad es tratar de *no* hacer algo que realmente queremos hacer” dice Sepo. Es decir que la fuerza de voluntad es una paradoja. (Matthews: 1983)

Esta corta enumeración deja por fuera bastantes obras de gran valor que valdría la pena recuperar, pues están tristemente asediadas por la sociedad actual que se rige por las dinámicas de la moda que

—según Gilles Lipovetsky— se apoderó de esferas en las que antes no regía y por el culto a la novedad, hecho que las tiene en vías de extinción. Colecciones enteras han desaparecido de fondos prestigiosos en aras de la novedad, lo cual ha dejado fuera de circulación autores que ya podían llevar el calificativo de clásicos. También porque ellos exigen de sus lectores tiempo y atención. (Lipovetsky: 1990)

Según Calvino:

La capacidad de sobrevivir indemne a los cambios del gusto, de las modas, del lenguaje, de las costumbres, sin conocer nunca períodos de eclipse o de olvido (y en un campo tan sujeto al desgaste de las estaciones como el de las lecturas infantiles) es la razón por la cual *Pinocho* se considera un clásico. (Calvino: 1982)

Para ampliar este pequeño panorama de clásicos infantiles y juveniles que presento aquí recomiendo la lectura de un libro de Ana María Machado, en donde presenta un horizonte más amplio de clásicos de todas las épocas y de todas las geografías: *Clásicos, niños y jóvenes*, que obtuvo el premio Cecilia Meireles en Brasil. (Machado: 2004)

¿Por qué leer los clásicos?

La pregunta ¿Por qué leer? no puede ser respondida sin su complemento directo ¿a quién o qué leer? Dice H. Bloom:

Leemos a Shakespeare, Dante, Chaucer, Cervantes, Dickens, y todos sus pares porque amplían la vida, y más (...) Leemos en profundidad por razones variadas [y los clásicos son los que más se prestan para esa lectura en profundidad], la mayoría de ellas familiares: porque no podemos conocer a fondo suficientes personas; porque necesitamos conocernos mejor; porque requerimos conocimiento no sólo de nosotros mismos o de otros, sino de cómo son las cosas... (Bloom: 2000 p. 33)

Ayudar a establecer orden en el desorden, es tarea de la literatura en general, así como efectuar una redistribución de las cosas que se presentan en la realidad de manera caótica y arbitraria, poner distancia entre lo que llamamos realidad y nuestra mirada sobre la misma, distancia que, como el efecto brechtiano de extrañamiento, nos permite una mirada crítica. Pero es tarea especial de los clásicos,

cualquiera que ellos sean, la de poner orden y mantener distancias, en la medida en que ellos ya han trascendido en el tiempo.

Calvino también afirma que:

Las lecturas de juventud (...) pueden ser formativas en el sentido en que dan forma a la experiencia futura, proporcionando modelos, contenidos, términos de comparación, esquemas de clasificación, escalas de valores, paradigmas de belleza: cosas todas ellas que siguen actuando aunque del libro leído en la juventud poco o nada se recuerde. (Calvino: 1991, p. 14)

La capacidad de proporcionar modelos, espejos y conformar imaginarios que permitan ayudar a construir la identidad se le puede atribuir a la literatura en general, pero en especial a los clásicos. Sobre estos aspectos habla Michèle Petit en sus libros *Nuevos acercamientos a los jóvenes y a la lectura* y *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*:

La lectura y la biblioteca pueden contribuir a recomposiciones de la identidad, sin entender en este caso la identidad como algo fijo, detenido en la imagen, sino por el contrario como un proceso

abierto, inconcluso, como una conjunción de múltiples rasgos, en incesante devenir. (Petit: 1999, p. 53)

Una de las bondades a mi modo de ver fundamental de los clásicos es la posibilidad que nos ofrecen de recuperar la memoria y el recuerdo.

No es que se pretenda regresar a la memorización de libros enteros, la época no es propicia para esta práctica, pero sí que mediante la lectura y la relectura a la que sobre todo los clásicos invitan, se pueda preservar una condición del ser humano que también está en vías de desaparecer: la memoria.

En general lo que sabemos *de memoria* madurará y se desarrollará con nosotros. El texto memorizado se interrelaciona con nuestra existencia temporal, modificando nuestras experiencias y siendo dialécticamente modificados por ellas. Cuanto más fuertes sean los músculos de la memoria, mejor protegido está nuestro ser integral. [...] Por todas estas razones, la eliminación de la memoria en la escolarización es una desastrosa estupidez. La conciencia está tirando por la borda su lastre vital. (Steiner: 2004, p. 38)

En la película *American Beauty*, Ricky Fitts un adolescente poco convencional manifiesta su necesidad de captar con su cámara la belleza para, como él mismo afirma, disponer en el futuro de recuerdos felices. Acumular belleza para afrontar el mundo parece ser una búsqueda constante entre los adolescentes. El problema es que no saben dónde buscarla y la belleza que la sociedad les ofrece sólo los conduce a la depresión y, en el mejor de los casos, a la pérdida de todo interés. El arte, la literatura –y dentro de ésta los clásicos– son fuente de belleza.

Los clásicos son subversivos. Por lo general los libros que se consagran con el tiempo son los que en su época se apartaron de la norma y no gozaron de la aprobación de sus contemporáneos. Muchos de ellos fueron censurados. Se cuenta que ante la prohibición que bibliotecas norteamericanas hicieron de su *Tom Sawyer*, Mark Twain respondió con su mejor arma: el humor, diciendo que a Tom no le convenían esas malas compañías en las que se encontraba en los estantes de las bibliotecas. *El Quijote* fue subversivo en su época cuando planteaba un cambio de perspectiva sobre la locura y la razón y subversivo hoy cuando reivindica la derrota frente al sacralizado

éxito. Hemos constatado en experiencias de lectura con jóvenes que esta condición es especialmente atractiva, pues para ellos la lectura es una manera de diferenciarse de los adultos, es una forma de rebeldía. Sus prácticas de lectura son –de acuerdo con nuestras apreciaciones– en sí mismas subversivas, no son reverenciales, ni pretenden sacralizar textos, aún en el caso de textos sacralizados por la tradición.

Se habla con insistencia sobre la necesidad de contar con relatos que nos hagan sentir parte de un pueblo, de una lengua, de una cultura. El sentido de arraigo, la necesidad de raíces, son condiciones que se pierden en la llamada *posmodernidad electrónica* la cual afecta especialmente a los adolescentes y jóvenes. Los clásicos de cada país, de cada pueblo, permiten contrarrestar esta influencia y ofrecen la posibilidad de “echar raíces”. Pero no es menos cierto que también se precisa un cierto tipo de desarraigo diferente al que ofrece esta *posmodernidad electrónica*. Un desarraigo que permita apreciar diferentes puntos de vista, confrontar diferentes miradas, acceder a diversas posibilidades de significación del mundo. A todos los *clásicos* se podría aplicar lo que el pensador colombiano Estanislao Zuleta afirma para *El Quijote*,

en uno de los estudios más profundos que conozco sobre esta obra. Para él todo *El Quijote* es una confrontación de textos, de versiones de la realidad, que conspira con la autoridad de una versión única, de una verdad dogmática y que facilita desarrollar un “sentido de posibilidad” que permite “concebir lo real a partir de una interpretación nueva con relación a la que le han impuesto” e imaginar, por lo tanto “una renovación más profunda de la realidad”. (Zuleta: 2004, p. 155, 167)

Creo que el anterior es un punto crucial y de obligada reflexión por parte de la escuela. Para esta reflexión me parecen de gran utilidad los aportes de Jorge Larrosa, quien afirma que la apuesta de los aparatos de producción y de transmisión del conocimiento (los aparatos pedagógicos):

[...] ha sido por la homogeneidad y la estabilidad. Y las nociones de universalidad, de consenso o de verdad han sido los instrumentos de esa homogeneización y estabilización del sentido. Los aparatos pedagógicos han estado casi siempre comprometidos con el control de sentido, es decir con la construcción y la vigilancia de los límites entre lo decible y lo indecible, entre la razón y el

delirio, entre la realidad y la apariencia, entre la verdad y el error. (Larrosa: 2003, p.52)

Por lo anterior no basta con reflexionar acerca de qué se lee, sino –y tal vez más importante que esto– sobre cómo se lee. Mejor dicho, es necesario que, a toda costa, en programas con los que se pretenda promover la lectura sea posible una búsqueda plural de sentido. O –dicho de otra manera– ningún programa debe meterse con las plumas del ogro, como dice Graciela Montes, en un ensayo sobre la necesidad de respetar “lo raro” en la lectura. (Montes: 2004)

He mencionado sólo algunas de las razones que tenemos para leer hoy los clásicos. Hay otras, por ejemplo, los clásicos son garantía de calidad. La inseguridad que a veces se presenta al elegir qué leer es superada fácilmente con libros prácticamente incuestionables. Es buen comienzo firme y sólido. “Con los clásicos se va a la fija” dice un promotor de lectura. Esto tiene la ventaja de suministrar las bases para construir criterios de calidad para elecciones futuras.

Para terminar, quiero volver a la condición de universales que tienen los clásicos a la que he

aludido con anterioridad. Los clásicos, sin pretender serlo, son universales. Si *Cien años de soledad* –uno de nuestros clásicos– permite a los colombianos un sentido de pertenencia y nos otorga una identidad, si *Antígona* permite a un extranjero comprender mejor la tragedia colombiana, y a los colombianos sentirnos partícipes de una cultura occidental, si unas niñas de un barrio pobre de Medellín pueden sentir las mismas emociones que niños daneses, si *El traje nuevo del emperador* parece escrito para desenmascarar las hipocresías de hoy, si podemos compartir un pasado común que pertenece a toda la humanidad y si todavía podemos tener esperanzas en un futuro también común para la humanidad, es porque existe una literatura y un arte que pertenecen a todos y a los que todos pertenecemos y que no podemos negar a nuestros niños. Ese es el sentido verdaderamente humano de universalidad que se opone al de globalización y homogenización que quieren imponer el mercado y los medios masivos.

Referencias

- Bloom, Harold (2000) *Cómo leer y por qué*. Bogotá: Norma.
- Calvino, Italo (1982) "Pinocho o las andanzas de un pícaro de madera escrito cuando el clásico cumplió cien años". En: *El correo de la Unesco*.
- Calvino, Italo (1991). *Por qué leer los clásicos*. Barcelona: Tusquets.
- Colasanti, Marina (2004) "La lectura que siempre se renueva: Alicia, Pinocho y Peter Pan". En: *Fragatas para tierras lejanas*. Bogotá: Norma.
- Colomer, Teresa, ed. (2002) *Siete llaves para valorar las historias infantiles*. Madrid: I.G.S.R.
- Galeano, Eduardo (1991) *El libro de los abrazos*. Montevideo: Ediciones del Chanchito.
- Larrosa, Jorge (2003) *La experiencia de la lectura: estudios sobre literatura y formación*. México: FCE.
- Lurie, Alison (1998). *No se lo cuentes a los mayores*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- Machado, Ana María (2004) *Clásicos, niños y jóvenes*. Bogotá: Norma.
- Mattehwes, Gareth B. (1983) *El niño y la filosofía*. México: FCE.
- Montes, Graciela (2004) *Las plumas del Ogro: Importancia de lo raro en la lectura*.
- Patte, Geneviève (1983) *Si nos dejaran leer...* Bogotá: Cerlalc, Kapelusz.
- Petit, Michèle (1999) *Nuevos acercamientos a los jóvenes a la lectura*. México, FCE.
- Steiner, George (2004) *Lecciones de maestros*. México: FCE, Ediciones Siruela.
- Zuleta, Estanislao (2004) *El Quijote, un nuevo sentido de la aventura*. Medellín, Hombre Nuevo Editores.

Lo que entregan los libros

WILLIAM OSPINA

*Texto leído en el Encuentro Regional de Lectura
y Escritura convocado por Asolectura en 2002.
Fue publicado en la revista Número, edición 36,
y forma parte de su libro de ensayos: La herida
en la piel de la diosa, publicado por Aguilar.*

CUENTA GILBERT Keith Chesterton que cierta vez tuvo que viajar con urgencia de una ciudad a otra de Inglaterra, y sólo cuando estaba en el tren advirtió que no había llevado nada qué leer. Era tanta su ansiedad de leer algo, que en algún momento se descubrió levantándose a curiosear en las placas que había en las paredes del vagón, y sintió gratitud cuando pudo leer las instrucciones del prospecto de una medicina que llevaba en su equipaje de mano. Jorge Luis Borges confesó más de una vez, con cierto pudor, que cuando todavía gozaba del don de la vista y visitaba las librerías, lamentaba no poder llevar ciertos libros que lo atraían, porque ya los tenía en casa. Cervantes afirma en algún lugar de su obra que su pasión por leer era tal, que leía hasta los papeles que se encontraba en las calles. Y es bueno recordar que una de las más grandes obras de la literatura universal, *El anillo y el libro*, de Robert Browning, se la debemos a la afición de Browning por husmear en los infolios viejos y carcomidos que se tropezaba en los mercados callejeros de Florencia, lo que le permitió encontrar un antiguo proceso judicial, a medias impreso y a medias manuscrito, que fue el germen de ese apasionante experimento literario,

una obra a la vez policial, psicológica y metafísica, la novela en verso más densa de la historia.

Quiero utilizar estos ejemplos para argumentar algunas verdades muy sabidas pero que siempre reclaman repetición: leer es mucho más que lo que nos enseña la alfabetización; leer es mucho más que organizar las sílabas y reconocer las palabras. Leer es un arte creador sutil y excitante, es una fuente de información, de conocimiento y de sabiduría, y es también una manía, una obsesión, un tranquilizante, una distracción y sobre todo una felicidad. Hay personas desdichadas a las que se les enseña a descifrar lo que dicen las cartillas, y con ello se piensa que se les ha enseñado a leer. Pero es posible que nadie haya tenido la generosidad o la lucidez de iniciarlos en el placer de leer, en el goce de asomarse a mundos desconocidos, nadie les reveló que un libro puede ser tan estimulante y asombroso como un viaje, nadie los inició en el deleite de sentir la resonancia mágica de las palabras, el agrado de las frases bien construidas, la dicha de las historias bien contadas, el alivio de las emociones expresadas con intensidad y elocuencia, la perplejidad de las resonancias inusitadas del lenguaje, y la gratitud de ver ideas

pensadas con rigor y comunicadas con claridad y con belleza.

Crear lectores es mucho más que transmitir una técnica: es algo que tiene que ver con el principio del placer, con las libertades de la imaginación, con la magia de ver convertidas en relatos bien narrados y en reflexiones nítidas muchas cosas que vagamente adivinábamos o intuíamos, con la alegría de sentir que ingresan en nuestra vida personajes inolvidables, historias memorables y mundos sorprendentes. Por eso el peor camino para iniciar a alguien en la lectura es el camino del deber. Cuando un libro se convierte en una obligación o en un castigo, ya se ha creado entre él y el lector una barrera que puede durar para siempre. A los libros se llega por el camino de la tentación, por el camino de la seducción, por el camino de la libertad, y si no hemos logrado despertar mediante el ejemplo el apetito del lector, si no hemos logrado contagiar generosamente nuestro propio deleite con la lectura, será vano que pretendamos crear un lector por la vía de forzarlo a leer. Yo creo que no se trata de lograr que alguien lea finalmente un libro, el desafío está en iniciar a alguien en una vida para la cual los libros sean luz y compañía,

tengan la frecuencia de un alimento y la confianza de una amistad.

Es difícil que llegue a ser un buen lector alguien que no sienta el asombro de las palabras, y que no sea consciente de su poder. Pero la verdad es que prácticamente no hay persona que no crea en el poder del lenguaje y que no sea sensible a su influencia. Una prueba palpable está en los insultos: hasta el más prosaico de los seres humanos se indigna al escuchar un insulto, y da muestras de una gran sensibilidad ante los frutos de la imaginación, porque si alguien proclama con respecto a él o a alguno de sus seres queridos una acusación cualquiera, aunque no sea verdad, el ofendido reaccionará con indignación y hasta con violencia. Cierta escritor decía que hay personas tan pobres de imaginación que su capacidad de insultar se agota en descubrir la misma profesión en las madres de todos. Pero lo conmovedor es que haya personas que se dejen afectar por recursos tan estereotipados y primitivos, y les concedan la limosna de su indignación. ¿Por qué nos afectan las cosas imaginarias? Hasta en esas aparentes pequeñeces se revela el poder del lenguaje y su efecto continuo sobre nuestra vida. A diferencia de otras

artes, como la música o la pintura, cuyo material es cosa de expertos, el material de la literatura son las palabras que maneja cada día el común de los seres humanos, y su eficacia depende de que, utilizándolas con el mismo sentido y con el mismo poder de representación que tienen en la vida cotidiana, logren conmover y ser portadoras de revelaciones.

Se puede pasar por la vida sin leer libros, y ello no equivale necesariamente a ignorancia o desdicha, aunque yo personalmente creo que la felicidad de quien sabe leer es mucho más rica, matizada y diversa. Por supuesto que hay saberes que nos entrega la tradición, y saberes que obtenemos de una relación viva con los demás y con el mundo. Incluso algunos libros parecen flotar en el aire. Alguien decía que no hay quién no conozca *La Biblia*, *El Quijote* o *Las mil y una noches*, porque son libros que están vivos en el espíritu de la cultura y en lo esencial todo el mundo sabe algo de ellos aunque no los haya leído. Pero hay una distancia enorme entre conocer el argumento de una historia o el perfil de un personaje, y deleitarse con el lenguaje en que esas historias nos son contadas y esos personajes nos son revelados.

A pesar de que hay muchos caminos para la transmisión de saberes, tradiciones y sentimientos, hace siglos el mundo occidental convirtió a los libros en su principal instrumento para conservar y compartir la memoria, para transmitir tradiciones, para crear realidades nuevas, para pensar, e incluso para realizar intercambios entre culturas distintas. Hasta el momento en que fue inventada la imprenta, aunque hacía siglos que existían los libros, la tradición oral fue en Europa el instrumento de la memoria y también de la creación. Con la imprenta llegó también la democratización de los libros, el auge de la lectura, y ese símbolo de la modernidad que es el lector solitario y silencioso. Uno de los primeros lectores de esta nueva época fue Montaigne, cuyos ensayos son comentarios y variaciones sobre numerosos textos de autores clásicos. Tal vez lo más típico de esas obras es el modo como Montaigne alterna reflexiones que nacen en su alma y observaciones que ha hecho sobre el mundo y la conducta humana, con ideas que le han iluminado los libros. Para ejemplificar la idea de que el hombre es cosa vana, variable y ondeante, Montaigne recuerda la historia de un famoso guerrero, de quien se dijo que “entró en la batalla como un león,

se movió por ella como un zorro, y fue asesinado como un perro”. Montaigne es un lector que aprovecha, pero también ahonda e ilumina, los textos que visita.

Otro ejemplo de autor que es también un gran lector sería Shakespeare. Este siempre nos obliga a pensar en el elemento estético de toda lengua. La mayor obra artística de cada lengua es por supuesto la lengua misma, y en el caso del inglés, la más alta de sus obras, la de Shakespeare, es en primer lugar un muestrario de las posibilidades increíbles de esa lengua. Su vocabulario, su capacidad expresiva, su musicalidad, la riqueza de sus matices, la profusión de estados anímicos que sugiere, su capacidad para encarnar las voces, es decir, las almas, de tantos seres distintos, su elocuencia, encuentran en Shakespeare una medida perfecta. Hasta su capacidad de insultar es envidiable, como cuando Lady Ana maldice a Ricardo, el asesino del rey Enrique:

¡Ah, maldita sea la mano que hizo estos agujeros, maldito el corazón que tuvo corazón para hacerlo, maldita la sangre que dejó escapar de aquí esta sangre. Más triste suerte tenga ese odiado miserable que nos hace miserables con tu muerte,

de la que puedo desear a víboras, arañas, sapos, o cualquier otro ser envenenado que viva!

Antes de Shakespeare ya existían en la lengua todas esas posibilidades, y son más bien ellas las que lo hicieron posible, pero es curioso que Shakespeare no era muy hábil para inventar historias, y su talento consistió más bien en llevar a su total plenitud historias de otros. Casi todos sus temas los tomó de la tradición, de las gestas danesas como *Hamlet*, de las viejas crónicas inglesas de Hollinshed, como *Macbeth*, del repertorio dramático popular como *Romeo y Julieta*. Y él se encargaba de convertir unas piezas interesantes y llamativas en obras maestras de la penetración psicológica, de la elocuencia y de la fuerza literaria.

Es en el arte combinatoria donde surge lo nuevo. Todas las palabras que forman la tragedia de *Hamlet* existían antes de Shakespeare, sin embargo esa tragedia enriqueció a la humanidad de un modo indecible. Una manera particular de organizar las palabras, permite que a través de esos órdenes nuevos aflore en cada lengua un mundo de percepciones originales, de músicas desconocidas, de

ideas renovadoras, e incluso el perfil de unos seres que terminan siendo más memorables que los seres de carne y hueso. No sabemos si Jesucristo habrá existido como personaje histórico, y los filósofos del siglo XVIII se esforzaron en vano por demostrar que no, pero lo que sí sabemos es que el Jesucristo que protagoniza los Cuatro Evangelios es uno de los personajes más vivos, inquietantes y originales de la civilización occidental. Don Quijote tal vez no cabalgó jamás por las llanuras pedregosas de Castilla, pero lo conocemos mucho mejor que al pobre expresidiario que lo inventó y todos los días se escriben sobre su carácter y sobre sus palabras muchas más páginas que las que se escriben sobre muchos personajes históricos.

¿Cómo pueden esos organismos hechos de papel y palabras llegar a tener más peso en la historia que los seres de carne y hueso? Es uno de los secretos de la literatura. Después de haber vivido minuciosamente en el mundo, las generaciones caen como las hojas de los árboles y se borran en el tiempo sin dejar huella. Los vivientes que llegan vuelven a pensar en la cólera de Aquiles y en las astucias de Ulises; en ese guerrero mortal de la *Ilíada* que se

atrevió a arrojar su lanza contra una diosa; en esa maga que convirtió en cerdos a los compañeros de Ulises; en ese viejo con sombrero de alas de cuervo que hundió su espada en el tronco de un roble en la sala de Volsung; en el joven príncipe afgano que dirige al ejército de los monos y que visita el palacio del rey de los pájaros en un cuento de las *Mil y una noches*; en Helena de Troya, a quien le fue dada la mitad de la belleza que se había destinado para los humanos; en la pobre Ofelia, que se arroja al agua cantando y se desliza atrapada por los nenúfares; en ese poeta belicoso que está condenado en un pantano del infierno a llevar en la mano su propia cabeza cortada, colgando del cabello como una linterna; en ese hombrecito checo que despertó una mañana convertido en un insecto; en ese hombre de Buenos Aires que no podía olvidar, y que pasaba las tardes agobiado por la minuciosidad intolerable de su memoria infinita.

La literatura está llena de prodigios: de lámparas mágicas y de anillos poderosos, de capas de la invisibilidad y de magos aterradores, de gatos horribles como el Plutón de Edgar Allan Poe y de gigantes disparatados como Gargantúa, de islas

asombrosas como el peñón magnético contra el que se estrellan las embarcaciones, y de países extraños como ese de los viajes de Gulliver, cuya capital está en un peñasco que flota en el cielo, pero también está llena de seres entrañables como esa jovencita jamaicana que encarnó siempre para los colombianos la imagen del amor, María, que hablaba con susurros y con sobreentendidos y que se cubría con pudor insinuante los pies desnudos como si fueran un pecado; de seres inolvidables como una joven de Conrad que aplaca las tormentas del Pacífico con la música de su piano; de criaturas de sueño como el José de Thomas Mann, que entra casi desnudo a escanciar el vino en el salón donde están las cortesanas ebrias cortando naranjas con cuchillos finísimos y va dejando a su paso un río de sangre.

Leer es abrir las puertas de la imaginación y es permitir que esos mundos soñados por los escritores nos entreguen sus secretos. Pero leer es también un ejercicio de desciframiento y de creación. Nietzsche solía decir que le gustaba más leer las obras dramáticas que verlas representadas, porque cuando las leía era él quien decidía cómo era el rostro de Cleopatra y cómo eran las columnas de su palacio, en tanto que cuando

las representaban ya le estaban imponiendo un rostro y una arquitectura. Con ello lo que estaba subrayando era el hecho no siempre advertido de que la literatura no nos da cosas concretas sino símbolos abstractos, y que somos nosotros los que llenamos la lectura con nuestra propia memoria. Por eso, leer siempre equivale a aprender. El que lee, aporta a ese ejercicio estético tanto como el que ha escrito. Leer supone mucha más actividad creadora que ver teatro o que ver cine, porque exige mucho más de nuestra imaginación y de nuestra memoria. Por eso es un error pensar que el que lee hace esencialmente lo mismo que el que asiste a espectáculos, y Nietzsche tiene razón cuando afirma que cuanto más abstracto es un arte, tanto más creadora es la relación con él. Es tan mágico el lenguaje, es tan fuerte la fe que tenemos en él, que creemos de un modo salvador que las palabras son las cosas, y casi experimentamos un vértigo cuando los poetas nos revelan, mediante sus transposiciones mágicas, que el lenguaje es también peligroso y equívoco.

Por eso, más perturbador aún que leer historias armoniosas y coherentes, de corte clásico, que satisfacen apaciblemente la memoria y la imaginación, la sensibilidad y el pensamiento, es adentrarse

por los reinos de la poesía, donde no siempre impera la lógica, ni el orden, ni la sucesión temporal, como en la casa del sombrerero loco de *Alicia en el País de las Maravillas*, donde primero se comen el pastel y después lo parten, o como en el episodio del gato de Cheshire, de ese libro, que está en las ramas de un árbol y sonríe, y al sonreír va desapareciendo, de modo que Alicia tiene que decirse moviendo la cabeza: “Qué raro, yo muchas veces he visto un gato sin sonrisa, pero es la primera vez que veo una sonrisa sin gato”. En el reino de la poesía hay navíos, como el “Barco Ebrio” de Rimbaud, que se va sin tripulantes en busca de mundos desconocidos, y que después cuenta el desorden fantástico de su viaje:

Vi cielos reventados de rayos, marejadas
resacas y huracanes, en el nocturno abismo
vi el pueblo de palomas de auroras exaltadas
vi a veces lo que el hombre creyó haber visto
 él mismo.

Soñé en la noche verde con nieves infinitas,
besos que hasta los ojos del agua se levantan,
con la circulación de savias inauditas
y el despertar azul de fósforos que cantan.
Glaciares, blancos soles, cielos en ascuas,

frescas
olas, atoladeros en los golfos profundos
donde la chinche roe serpientes gigantescas
caídas de los árboles entre aromas inmundos.

Pero también hay comprobaciones abrumadoras de la tragedia y de la urgencia de vivir, como aquellos versos de Rubén Darío:

Gozad del sol, de la pagana
luz de sus fuegos
gozad del sol, porque mañana
estaréis ciegos.
Gozad de la celeste armonía
que Apolo invoca,
gozad del canto porque un día
no tendréis boca,
Gozad de la vida que un
bien cierto encierra,
Gozad porque no estáis aún
bajo la tierra.

O esos versos de Baudelaire que no dejan consuelo:

Bientôt nous plongerons dans les froides

ténèbres

Adieu, vive clarté de nos étés trop courts!

(Pronto nos hundiremos en las frías tinieblas

Adiós claridad viva de nuestros veranos demasiado cortos.)

O ese verso de Boileau que nos hace sentir el vértigo del tiempo que huye:

Ce moment ou je parle est deja loin de moi

(Este instante en que hablo ya está lejos de mí).

Los griegos sentían que la memoria es la madre de las musas. Ello equivale a afirmar que todas las artes son hijas de la memoria. Y tal vez en nuestra memoria personal está guardado no sólo minuciosamente todo aquello que hemos vivido sino también toda una red de saberes y de respuestas acumuladas por las generaciones y por las especies. Hay quien dice que están en nosotros la memoria del pez y la memoria del reptil, que hay ciertas reacciones de miedo o de violencia que no nacen de nuestra experiencia personal sino del abismo de los milenios. Y por lo pronto es evidente que el miedo, como el amor, como la tristeza o el deseo, son estados

comunes a todos los seres humanos y en esa medida son cosas que no inventamos nosotros sino que las recibimos como recibimos los ojos que ven y los pulmones que respiran. Pero también parece evidente que no hay instrumento más hábil para la memoria que el lenguaje. Todo lo que nos ha ocurrido tal vez perdura en nosotros pero sólo puede compartirse cuando esa memoria se elabora en palabras.

Algunas de las verdades más profundas y más poderosas que haya poseído la humanidad fueron acuñadas por una alianza de la memoria con la imaginación: sólo así nacieron o se manifestaron los mitos, los héroes legendarios y los dioses. Hace un rato hablaba de cómo los filósofos del siglo XVIII francés, Voltaire incluido, pensaban que era posible refutar la divinidad de Cristo demostrando que no había pruebas de su existencia histórica. Pero cuanto más argumentaban que Cristo no había existido como un barbado caballero hebreo junto a los lagos de pescadores de hace veinte siglos, tanto más admirable resultaba que un hombre tan improbable en su época fuera un dios tan poderoso en la historia. Ese es el secreto del mito, que no puede ser refutado por la razón, y para reinar sobre veinte siglos de historia

humana Jesucristo no necesita siquiera existir, en el sentido en que existimos nosotros. Estamos hechos de materia y de ansiedad, de sangre y de sueños, y somos substancia dócil para el olvido, en cambio nuestras palabras, cuando son verdaderas, cuando son bellas, cuando son inspiradas, cuando son creadoras, pertenecen al reino de la memoria, y saben engendrar músicas más imborrables y criaturas más perdurables que la carne y la sangre. A ese reino de seres conmovedores, de historias sencillas e imborrables, de objetos indiscifrables, de regiones inesperadas y de verdades ineluctables, es a donde nos llevan siempre los libros, y tal vez es ese el mundo real, en tanto que el mundo nuestro es firme y cierto, es práctico y urgente, y lo habitamos llenos de fe, pero no ignoramos que está destinado a borrarse definitivamente, como la cierva blanca del soneto de Borges con la que quiero terminar estas digresiones:

De qué agreste balada de la verde Inglaterra
de qué lámina persa, de qué región arcana
de las noches y días que nuestro ayer encierra
vino la cierva blanca que soñé esta mañana?

Duraría un segundo, la vi cruzar un prado

y perderse en el oro de una tarde ilusoria
leve criatura hecha de un poco de memoria
y de un poco de olvido, cierva de un solo
lado.

Los númenes que rigen este curioso mundo
me dejaron soñarte pero no ser tu dueño
tal vez en un recodo del porvenir profundo
te encontraré de nuevo, cierva blanca de un
sueño.

Yo también soy un sueño, fugitivo, que dura
unos días más que el sueño del prado y la
blancura.

Literatura y oxígeno

EMA WOLF

*Artículo tomado de la revista quincenal sobre
literatura infantil y juvenil Imaginaria.*

www.educared.org.ar

A LOS libros de aventuras les debo mi condición de lectora. No hay otros responsables de que hoy yo siga leyendo. Gozosa e implacablemente.

Tengo esta imagen: haberme aferrado a los faldones o a las botas de uno de esos libros, que circulaba veloz en dirección a un archipiélago, y no haber regresado jamás del todo. Casi con seguridad lo había escrito Salgari. Puede decirse que fui raptada voluntariamente.

Viví entre ellos, desaliñada y feliz, muchos años. En el lugar donde esos libros habitan no se usan los peines. Las mujeres entregan una perla a cambio de un caballo y los hombres escupen por el hueco del colmillo. Algo acecha.

Los libros de aventuras representaron para mí todo lo precioso del *afuera*. Es decir, lo distante en el espacio y en el tiempo: Argel, 1895; Cartago, s. II (a.C.); la Luna, 2021 (d.C.) ¿Qué puede haber más fascinante que estar parada en el cruce de esas coordenadas, atenta a los acontecimientos? Eran toda la historia y toda la geografía. Inexactas y fantásticas, es cierto, ¿pero a quién le importan el rigor y el verismo a los diez años? A esa edad no pensaba que la literatura podía cambiar el mundo, me estaba cambiando

a mí y era suficiente, yo la dejaba hacer. El territorio conocido se expandía en todas las direcciones a saltos de gigante. Estaba segura de poder abarcarlo todo en un plazo breve. Y lo hice. Hoy no hay lugar ni época que no haya visitado antes, de algún modo. No necesito ir a Bombay para corroborar que existe un fakir al que le brota una planta de la palma de la mano.

Mi vocación por el *afuera* era tan radical entonces, que abarcaba a la misma infancia. No me interesaban los libros donde intervinieran niños o niñas, a menos que enfrentaran situaciones de auténtico riesgo, como Jim Hawkins o los hijos adolescentes del desdichado capitán Grant. Los niños circulaban de la mano de adultos más diestros y atrevidos, por lo tanto más interesantes. Heidi era apenas tolerable porque brincaba y olía como una cabra; no así su amiga, la falsa lisiada. Los huérfanos de Louise Alcott, educados por sus tutores bajo la campana de queso, me irritaban. Esos niños puritanos del asilo de Plumfield, capaces de pedir perdón por haber dicho una mentirijilla, nunca tendrían valor para rajarle la panza a un tigre. Mis heroínas no morían en la cama, como Beth March. Al menos no sin haber hecho antes algo grande. Primero se

escapaban con su amante y después morían sin inspirar lástima.

Y por sobre todas las cosas, en aquellos libros estaba el mar.

Si alguien me hubiera dicho entonces que eran libros de evasión, no lo habría entendido. Eran libros de conocimiento. Indispensables libros de conocimiento. Manuales para asomarse por primera vez al mundo. De cómo sacar el hocico afuera para entender un poco más el adentro. Además tenían códigos purísimos. El amor, la fraternidad, el coraje, la lealtad sin límites estaban allí. Todo aquello que después se relativizó estaba allí, intacto. Los mejores ejemplos. Nada de alcahuetes. Cada mujer y cada hombre a la altura de los acontecimientos. Incluidos los villanos. También yo, lectora, preparada para intervenir en caso de necesidad.

En los libros de aventuras estaban también las palabras más hermosas. El repertorio de la marinería, del desierto, del tocador de las damas francesas, de la jungla, de los ladrones de caminos. Vapuleado por las malas traducciones, pero altivo y sonante. Nadie había expurgado esas páginas de palabras difíciles. Estaban todas al alcance de la mano, como pequeñas

cajas cerradas, secretas y valiosas. No necesitábamos diccionarios: las atrapábamos en su propia guarida.

Varias veces intenté agasajar a aquellos libros míos con otros libros escritos por mí. Para que sepan cuánto les debo.

Pero además creo no haberlos traicionado. Nunca dejé de estar entre ellos. Una parte importante de mí quedó allá tras el rapto. A veces pienso que toda la evolución de mi gusto lector se reduce a haber cambiado a Salgari por Conrad. Y hay más: mi predilección por las historias de espacios abiertos, los cuentos con naturaleza, Quiroga y Dávalos, el Conti de “Sudeste” y “Mascaró”, los bestiarios, las crónicas de exploraciones auténticas como “Kon-Tiki” o los viajes de Cook, tanto como mi cortés resistencia a la novela psicológica, el monólogo interior y el objetivismo, son secuelas indelebles de mi paso por la tierra de la aventura. ¡Se respira tan bien sobre el puente del *Pequod* !” Soy una lectora claustrofóbica.

Retirados a la sombra de
nuestros párpados

GRACIELA MONTES

*Conferencia dictada en el Congreso Internacional
de Literatura Infantil y Juvenil, Universidad
del Comahue, Cipolletti. Septiembre de 2001.*

LE DICE Marco Polo, el mercader, a Kublai Khan, el emperador de los tártaros:

Tal vez este jardín sólo exista a la sombra de nuestros párpados bajos y nunca hayamos cesado, tú de levantar el polvo en los campos de batalla, yo de contratar costales de pimienta en lejanos mercados, pero cada vez que entrecerramos los ojos en medio del estruendo y la muchedumbre, nos está permitido retirarnos aquí, vestidos con quimonos de seda, para considerar lo que estamos viendo, y viendo, sacar conclusiones, contemplar desde lejos.

Me voy a proteger debajo de esta cita de Italo Calvino, que son las palabras que un Marco Polo fantasmal –un personaje, una construcción de Calvino– le dice a otro fantasma, Kublai Khan, también por él construido, en ese libro, construido por supuesto, que habla, justamente de esplendidas construcciones fantasmales y que se llama *Las ciudades invisibles*.

Sólo debajo de esa cita me animo a presentarles mi pequeña reflexión, que, aunque bastante más larga, resulta menos contundente y clara que las palabras que le sirven de techo.

No es una reflexión del todo nueva porque en el fondo, según me voy dando cuenta a medida que me hago vieja, no hago sino dar vueltas y vueltas alrededor de unas pocas cosas que me parecen importantes encrucijadas, toda mi vida estuve haciendo lo mismo. Pero como no dejo de dar vueltas a veces encuentro una manera u otra manera de entrar. Esta que sigue es la manera de entrar que encuentro ahora. Tal vez mañana se deshaga y con los restos construya otra reflexión, que ve las cosas desde otro sitio. De manera que les pido que la tomen como lo que es, una conjetura.

Hoy vengo dispuesta a acercarme a esos temas ya bastante cristalizados –escuela, literatura, “literatura y escuela”, lectura, ficción, etc.– desde el lugar que mi reflexión elige hoy para mirarlos. Es decir que esto que sigue es lo que hoy, retirada a la sombra de mis párpados bajos y vestida con kimono de seda (ese detalle me gusta mucho), puedo decir. Ojalá, de alguna manera, les resulte útil.

Debo hablar de literatura y escuela, quedé en hablar de literatura y escuela, pero me voy a permitir hablar de otras cosas. No porque los temas propuestos no sean interesantes, lo son, y además forman

parte de mi oficio, sino porque me parece que hay que empezar de un poco más atrás para no quedar encerrado entre cristales. De manera que voy a eliminar, por el momento, algunos conceptos en forma de dicotomías. Por ejemplo, voy a dejar de lado la oposición, que suele hacerse, entre arte y ciencia, o entre literatura y filosofía. Y voy a dejar de lado la oposición entre placer y trabajo. En este punto de partida, muy pero muy primario, no me sirven.

El punto desde donde voy a partir es la lectura. La lectura y los lectores. Mi trozo de Calvino habla de lectura, y de lectores, y del sutil vínculo entre lectores, y yo aquí, en esta pequeña reflexión, voy a hablar de lectura, de lectores y vínculos entre lectores. Y cuando hable de literatura y de escuela voy a estar remitiéndome a la lectura y a los lectores y sus vínculos, que son, creo, la gran cuestión, o al menos la única cuestión profesional que, en este momento, me conmueve.

Sin embargo, debo aclarar un poco qué entiendo por lectura y por lectores para que me puedan acompañar en mi conjetura, en esta especie de reflexión flotante. También el de la lectura es un tema saturado de discursos cristalizados –técnicos

algunos, míticos los más, pero cristalizados todos-, y no deberíamos dar nada por sobreentendido.

Mi concepción de lectura, que es a la vez sencillísima y pesada (o *hard*) y dramática, tal vez no coincida con la de otros.

Sencillísima porque propongo partir de una especie de “grado cero” de la lectura, o tal vez grado uno, una “postura o posición de lector” básica, que es anterior a la letra.

Pesada y dramática también porque, dado ese comienzo (que casi, ya se verá, se confunde con “la condición humana”), la “postura o posición de lector” tiene sus consecuencias, bastante dramáticas en el fondo. Vista así, la lectura se destrivializa, se convierte en una gran apuesta y tal vez en la única posición verdaderamente revolucionaria que nos está permitida en un mundo de características tan opresivas como éste.

Esta conjetura mía no intenta desmerecer las consideraciones técnicas, los contenidos, los acervos, las destrezas que se van adquiriendo, los saberes y las reflexiones y experiencias específicas, que siguen teniendo su espacio. Lo único que busca es reinstalar la mirada sobre el tema.

“Leer” es, en este grado cero, sencillamente, recoger indicios y construir sentido. O, mejor, empezando un poco antes: sentirse perplejo, desconcertado, emplazado frente a un enigma (ése sería el grado cero) y, entonces, urgido por el enigma, recoger indicios y construir sentido (ése sería el grado uno). Tal vez haya que afinar un poco esta frase de “construir sentido”, que podría malinterpretarse fácil. Cuando digo “construir sentido”, no quiero decir “interpretarlo todo” o “buscar significaciones objetivas”, tampoco alegorías, o destinos, quiero decir “construir sentido”, es decir retirarse un poco y armarse alguna clase de dibujo, de mapa (que siempre será un mapa provisorio), encontrar un lugar significativo para uno, frente a ese enigma desconcertante en el que está uno embutido, algo que, provisoriamente, repito, lo haga habitable. Sembrarlo de conjeturas. “Culturizarlo” con la mirada. Desde ese punto de vista se puede decir que “leer” es una actividad “natural” o al menos vinculada con la supervivencia, pero que sus resultados se vuelven de inmediato “culturales”, “sociales”, justamente porque son “construidos”. La lectura construye. Construye sentido, o mejor sentidos, así,

en plural, ya que se trata de una actividad siempre dinámica, nunca congelada.

A leer, entonces, se empieza desde que aparece alguna forma de conciencia. Y se termina de leer cuando la conciencia se apaga. Entonces ya sólo podemos ser la lectura de otros.

De esta forma elemental de lectura, de este grado cero de la posición del lector hay algunas lecciones que derivar. Lecciones útiles para referirse a otras formas más complejas y estructuradas de lectura (como, por ejemplo, la lectura de literatura en la escuela).

Primera lección: es el vacío de sentido, el sinsentido, lo que genera lectura. Es la perplejidad frente al caos lo que nos lleva a la construcción de cosmos. Es la intriga lo que despierta la actividad de recolección de indicios. Es la conciencia de desconocer lo que genera la producción de conocimiento. El vacío es el punto de partida. El silencio habilita la palabra. Igual que con la respiración. El aire no entra abriéndose paso a toda costa en los pulmones, presionando contra ellos, sino que primero se tuvo que haber abierto el tórax y hecho el vacío esponjoso, sólo entonces fluye el aire para cubrir esas celdas

vacías. La lectura también tiene su respiración, y el enigma viene antes que la lectura.

Segunda lección: la lectura actúa de alguna manera sobre el enigma creando formas, un dibujo, un pequeño cosmos, que vuelven más habitable. Una lectura es una construcción personal. Un recién nacido “lee” cuando interpreta, o cancela, a su modo, las señales de la ausencia de la madre o la constelación de indicios que componen el bienestar posible: hay indicios (se abre la puerta, se oye una voz, el aire que entra por la puerta hace tintinear el móvil que cuelga sobre la cuna), y con esos indicios arma su dibujo, su composición de lugar, crea sus expectativas. Un campesino “lee” cuando observa el atardecer del campo para planear las tareas del próximo día. Se lee un mapa, un rostro, un ritmo. Se lee una ciudad cuando se la recorre, incluso cuando uno se pierde en ella, y a medida que se la lee se la vuelve más habitable, más propia; el recorrido dejará su huella en la memoria.

Tercera lección: leer es interesante, hasta acuñante. El lector básico tiene un interés máximo en su lectura, la posición del lector de grado cero a grado uno es activa, siempre, intensamente protagonista

siempre, siempre personal, única, nunca pasiva ni desganada. Es un gesto propio. Construir un sentido es conseguirse un sitio en este punto del mundo, en este momento, en este instante.

Cuarta y última lección: la lectura siempre es provisoria, como una ciudad que estuviera siempre en obra. Las conjeturas, los sentidos que se van construyendo (a su manera pequeños “órdenes”) son siempre provisorios, y sólo se congelan en órdenes perdurables cuando se deja de leer.

Paso a la “lectura de la letra”, que es, hasta ahora, la única capaz de motivar congresos de docentes y bibliotecarios.

Hace mucho tiempo que la palabra lector –que, en su sentido primario, significaba “recolector de señales”– quedó ligada definitivamente a la letra, a la escritura. En un momento dado de la historia (distintos momentos para distintas sociedades, y en algunas sociedades nunca) aparece un código, que es un pacto social, arbitrario, histórico (como nos explicó Saussure), que permite dejar marcas, registro, constancia de las “lecturas”, de los sentidos, de los discursos, de los ordenes. Las lecturas se hacen objeto, encarnan en una materia, se objetivan.

Antes de la aparición de la letra de todas maneras ya había formas invisibles, instalaciones, que se interponían y “filtraban” por así decir la lectura que podían hacer los miembros de una sociedad de lo que los rodeaba. Había tradiciones, mitos, discursos, proverbios, ceremonias, instituciones, protocolos, “maneras de hacer, de decir y de entender”. Incluso se podría decir que ese “grado cero” de la posición del lector nunca se da del todo en crudo, sin esos componentes ya heredados, esa especie de patrimonio de lectura que se manifiesta en todo desde que nacemos, en el modo en que se nos alza en brazos y se nos alimenta y se nos viste y se nos habla, en la distribución de los muebles en la casa, o el idioma dentro del cual quedamos sumergidos. El mundo que rodea al recién nacido es siempre un enigma, un mundo “a leer”, pero también es un discurso, un mundo, en parte, “ya leído”.

Sin embargo, aún así, aún reconociendo que las sociedades tienen múltiples modos de ir acumulando “lecturas”, hay que insistir en que la aparición de la letra supuso algunos cambios extraordinarios. Supuso una fijación mayor por un lado pero al mismo tiempo, al facilitar la acumulación, el acervo,

favoreció la diversidad, la extensión (en el tiempo y en el espacio) del intercambio de lecturas y entonces también el cambio.

Con la aparición de la escritura apareció un grado dos de lectores. Los “indicios” que el lector recogía eran ciertas claves que, convenientemente decodificadas, le permitirían “reconstruir” un sentido –cifrado– que el texto ya contenía. Es decir que era una lectura de una lectura, o incluso una lectura de una lectura de una lectura, ya que el código en sí (la lengua) ya es, en sí, una lectura del mundo.

Este paso a un grado dos de la lectura supuso una sofisticación mucho mayor. El código –por ejemplo el silábico, que es el nuestro– era una técnica compleja, difícil de adquirir y sobre todo difícil de dominar, y esa complejidad y dificultad acabó ocupando toda la palabra “lectura”. No todos llegaban a ser “lectores”. Había una disparidad entre los que dominaban la técnica y los que sólo sabían de ella por intermedio de otros. La propiedad de ese código era un bien, como cualquier otro bien, era una “propiedad”, e instalaba la diferencia. Y el poder. Había pequeños ámbitos donde todos los miembros sabían leer y escribir, por ejemplo los monasterios en

la Edad Media. Había personas tan poderosas que no necesitaban saber leer y escribir, que era una técnica esforzada (muchos emperadores fueron analfabetos), pero tenían esclavos que leían y escribían por ellos. Y había inmensas mayorías iletradas para las que la letra era un verdadero misterio. Los “escribanos” y “lectores” populares –de los que la película *Estación Central* da un ejemplo de pervivencia– hacían de intermediarios (por lo general paternalistas) entre esas masas y el arcano de la letra. El horizonte de aquellos que no poseían la letra era mucho más acotado, más doméstico, menos amplio. Como los saberes se iban volviendo más complejos (también en virtud de la letra), los que no la poseían iban quedando afuera de ellos: la ciencia, la técnica, la filosofía, la literatura.

Es importante recordar que la letra es histórica, que aparece en un momento dado y que es una construcción social, no un fenómeno de la naturaleza. Hay culturas sin letra y hubo culturas sin letra. Sin embargo, siempre, la aparición de la letra (o en otras culturas del ideograma o la cuña o cualquier otra marca de escritura) supuso un cambio fenomenal. Porque la escritura permitía la memoria y la acumulación de conocimiento. Una enorme cantidad

de significaciones y sentidos y exploraciones de la realidad y conjeturas quedaron cifradas y conservadas en ese código.

Desde muy temprano se ejerció control sobre esa técnica sofisticada que fue el código escrito. Durante muchísimo tiempo la lectura y la escritura (en este sentido específico de lectura y escritura de la letra) fueron privilegio de un grupo muy reducido de personas, los mismos que cobraban los impuestos y decidían las guerras.

Si bien hubo muchos cambios a lo largo de la historia y, en Occidente al menos, la lectura de la letra se secularizó y se extendió (mediante la invención de la imprenta, el ascenso de la burguesía, las controversias religiosas, la urbanización, etc.) a mucha más gente que en los momentos de máximo privilegio, siguió siendo siempre un poder que se otorgaba o se negaba, y que, mal que bien, siempre se buscaba controlar.

Esta dimensión histórica y social es algo importante de tener en cuenta porque, si no, se empiezan a acumular alrededor de la lectura muchos mitos que oscurecen su real funcionamiento.

Por otra parte, esta dimensión histórica nos

puede ayudar a desmitificar este asunto de la lectura y la escritura, romper esos discursos cristalizados que se interponen en nuestra actividad de “lectores del mundo y de la letra” que deberíamos seguir siendo.

Por ejemplo, a uno se le puede ocurrir esta pregunta: ¿Serán lectores (me refiero a si tendrán esa postura de lector a que me refería antes, la de grado cero a uno) todos los que saben leer y escribir? ¿”Saber leer y escribir” (en el sentido que tiene en los formularios públicos: “sí lee y escribe”) será suficiente para ser llamado lector?

Parecería que no. Parecería que se puede ser un decodificador más o menos aceptable sin ser un lector, entendido como recolector de indicios y constructor de sentido. De modo que condición suficiente no es, aunque es, sin duda una condición. No porque los que no poseen la letra sean incapaces de lectura (ya dimos ejemplos de “iletrados” lectores), sino porque nuestro mundo (lo que llamamos nuestro mundo en Occidente) es un mundo muy escrito. Estamos sumergidos en la letra, de manera que es impensable disponerse a “leer” ese mundo, ese enigma, si, además, no se tiene el dominio de

la letra. El analfabetismo, en un mundo tan escrito como el nuestro, siempre va acompañado de pobreza. El analfabeto “puede” menos, el alfabetizado “puede” más, es más poderoso.

Sin embargo, que concretemos el viejo sueño del analfabetismo cero no parece ser garantía para el surgimiento de una generación de lectores. Solucionar, técnicamente, el analfabetismo es sin duda una condición, pero no una condición suficiente para dotar de significación a la lectura. ¿Para qué habrían de leer los que ahora no leen? ¿Alcanza con el argumento de que de esa manera van a poder leer los carteles indicadores y los prospectos de los medicamentos?

O sea, “saber leer y escribir” no es sinónimo de “lectura”.

¿Será “lectura” sinónimo de “libros”? Tampoco. De ningún modo lo es. Ya estuvimos viendo que el surgimiento histórico de la letra trajo aparejadas cuestiones de poder nuevas y reforzamiento de viejas cuestiones de poder. La letra sirvió para acumular conocimiento, para acumular “lectura”, conjeturas y dibujos del mundo, libros de ciencia, historias, poemas, filosofías, leyes, códigos, cartas. Pero también sirvió para ejercer el control. Ha habido libros

(muchos) destinados a someter, cartillas que había que aprenderse de memoria y repetir sin mella a riesgo de ser acusado de disidente, libros encargados de difundir la ideología dominante, biografías exaltadoras de tiranos, mentiras históricas de todo tipo. Y por supuesto también libros disidentes, libros prohibidos, libros quemados. Un control de lectura y control de escritura que, justamente, los que detenían el poder siempre consideraron necesario, dado el poder activo, rebelde, de la lectura y la escritura por sí mismos.

Libro no es sinónimo de pensamiento o de libre pensamiento, pero lectura sí lo es. Hay muchos libros que no se “leen”, en el sentido original que le dimos a la palabra “leer”, como curiosa e intrigada construcción de sentido, que más bien se aprenden o se graban, que funcionan como marcas más que como alternativas. De manera que, se podría decir, a veces se lee un libro como lector, en tanto lector, y otras veces se lo lee como no-lector.

Petrucci habla de un “orden de lectura” propio de Occidente que se apoyaba en tres estructuras institucionales e ideológicas básicas: la escuela (y sus textos escolásticos), la Iglesia (el catecismo y el

discurso moral) y el Estado (el discurso ciudadano de la democracia progresista), o sea, dice Petrucci, discurso escolástico, discurso eclesiástico y discurso laico-progresista. Eso no significa que coincidieran (de hecho, por ejemplo, el Renacimiento había significado un fuerte remezón sobre todo en el “orden de la escuela” o la Revolución Francesa en el “orden eclesiástico”, que perdió frente al orden del Estado, etc.). Lo que significa es que de una u otra forma esas instituciones (que también son a su manera órdenes, lecturas cristalizadas) ejercían un control sobre la lectura de la letra, y por supuesto sobre la lectura del mundo.

Es interesante este punto para reflexionar sobre el papel de la escuela en vinculación con la lectura (también la lectura de la literatura). Me refiero a si se trata de reproducir un “orden”, que es lo que dice Bourdieu, por ejemplo, o al menos el meollo de su ensayo “La reproducción”: la escuela estaría para reproducir las estructuras sociales, por lo tanto también las injusticias, para transmitir la “lectura oficial”.

Eso parece ser bastante visible en la tradición educativa de Europa (la de Italia según la ve Petrucci,

o la de Francia según la ve Bourdieu), pero no se la ve de la misma manera desde América. En la Argentina, por ejemplo, la escuela (la escuela de la educación universal, pública y gratuita de la ley 1420) estuvo ligada a la constitución del Estado (y a la integración de los inmigrantes recién llegados a la “nación”) y al acceso de las capas populares al “poder” de la lectura, la escritura y el conocimiento, lo que le da sin duda otro tinte muy diferente de la tradición secular europea. En su instalación social la escuela estuvo ligada a un movimiento social de tipo democrático, expansivo, incluyente. Sin embargo, eso no quita que siga en pie la pregunta de si la escuela está para transmitir un orden de lectura o para generar lectores, que de ninguna manera, como vimos, es lo mismo. En toda referencia a la literatura y la escuela vamos a tener que responder primero a esa pregunta.

Este punto del “orden de la lectura” es interesante porque introduce la tradición, la convención y los listados canónicos, el canon.

El canon ha sido siempre un fuerte cohesionador social, hace que uno “pertenezca” o “no pertenezca”, sea “avisado” o “no avisado”, lo incluye a uno o lo deja afuera. La sociedad tiene todo tipo de

cánones, locales y planetarios, tradicionales y más o menos vanguardistas. Algunas obras que han estado en el canon (y hasta en el candelero) de pronto son arrojados fuera de él, otras, marginales u olvidadas, de pronto se reivindicán. No hay un solo canon sino cánones, que se definen por oposiciones y que marcan diferencias. En un tiempo los cánones eran un index implacable (en la Inquisición por ejemplo). En otros tiempos hubo escuelas literarias que cotejaban y se enfrentaban unas a otras con sus cánones (un ejemplo interesante de estas luchas puede verse en los escritos del grupo Martín Fierro o grupo de Florida cuando se enfrentaba al grupo de Boedo). Hay cánones prestigiosos, o “cultos”, y cánones populares. En nuestro tiempo tal vez haya que empezar a reflexionar sobre la instalación de cánones mercantiles y planetarios, cánones massmediáticos, cánones publicitarios. En fin, una reflexión sobre la lectura (y sobre la lectura de la literatura) no puede dejar afuera ese tema central de ejercicio del control que es el canon.

Es interesante también porque habla del paso, bastante oculto por lo general, solapado, de la “postura de lector” (que, voy a repetir porque no quiero

que se olvide, parte de la perplejidad y consiste en construir sentido a partir de los indicios) a la “postura de guardián de las lecturas”. El guardián de las lecturas, a diferencia del lector, no tiene perplejidad ninguna, “ya sabe”, “ya tiene”, apretado en el puño y cristalizado, un sentido, se aferra a sus órdenes y no necesita buscar indicios ni construir nada. El lector, en cambio, no puede parar de leer, en su lectura no consigue sino posiciones inestables, precarias, porque su propia postura le indica que constantemente aparecen nuevos indicios y nuevos motivos de perplejidad. Y como él está siempre dispuesto a la perplejidad, vuelve a leer, sigue leyendo. El guardián de las lecturas, en cambio, lee muy poco, pero tiene un canon y muchos discursos cristalizados, es afirmativo, no duda, está, digamos, bien “instalado”, perdió el desasosiego, que es muy típico del lector.

El modo en que se pasa de ser un lector a ser un guardián de lectura es, como decía antes, bastante solapado. Es una transformación, un resbalón, a la que todos estamos proclives. Propias del lector son la curiosidad, la duda, la iconoclastia, la exploración de los bordes. Propios del guardián son la severidad, el canon, la convención, la cartilla. Como la lectura

(lo dijimos antes en nuestra llamada lección número cuatro) es una ciudad siempre en obra, ha dejado de leer, ahora vigila.

Este es un punto en el que me gustaría también hacer un pequeño alto porque sé que presentar la lectura así como la estoy presentando parece quitar seguridad, privarlo a uno de garantías. ¿De qué servirá leer entonces si de todas formas hay que seguir leyendo?

El lector vive entre el cosmos y el caos, o mejor, entre el caos y el cosmos. Caos desconcertante, cosmos tranquilizador, y luego otra vez el caos. Esa alternancia entre orden y caos y nuevo orden y nuevo caos es de lo más natural a la actividad de lectura. Y muy propio de la historia del pensamiento y de la historia de la literatura y de la historia del arte y de la historia de la ciencia. Hay cánones, tradiciones, convenciones, currícula y manuales, pompa también, una cierta oficialización solemne, y después, de pronto, a veces de manera brutal otras veces de manera más sutil, quiebres, fragmentaciones, desolemnizaciones, parodias, reformulaciones, que tarde o temprano cristalizan en nuevos cánones, nuevas tradiciones, etc. Los momentos de desconcierto son más propicios a la

lectura, los momentos de cosmos fijo son más propicios a la reproducción y la vigilancia.

Sin embargo, no es que empiece siempre de nuevo, como si nada hubiese leído. Sí es cierto que todo siempre vuelve a ser enigmático pero él tiene cada vez una habilitación mayor, un horizonte más ancho, más capas de maniobra lectora, o, para recordar una metáfora, más frontera. Es más lector, más ágil, más astuto, más ducho en conjeturas, más diestro en detectar señales, más audaz en el trazo de los dibujos. Ahora, que el enigma se agote, eso sí que no: el enigma no se agota.

Bueno, todo esta introducción para llegar a hoy, a lo que nos está pasando, a nuestro mundo, nuestra vida acá en este país del mundo, en esta sala donde estas personas, nosotros, hemos creído que valía la pena juntarse para hablar de algunas cosas vinculadas con nuestro oficio y nuestros ámbitos, mientras nos anuncian guerra y perdemos el trabajo y nos recortan el sueldo y todo parece cada vez más estrecho, con menos espacio y tiempo para retirarse a la sombra de los párpados y menos que menos para meternos en nuestros kimonos de seda para considerar lo que nos rodea.

Pero bueno, hagamos un esfuerzo, y empecemos por pensar dónde estamos parados.

Hagamos de lectores, metámonos en alguna conjetura.

Vivimos en un mundo globalizado en cuanto a los intercambios comerciales y altamente desparejo en cuanto a la concentración económica y al reparto de bienes. Muy muy desparejo y muy muy concentrado. Según el Report Development de la ONU de 1996 las 358 personas más ricas tienen una suma de bienes equivalente a la de los 2.500.000.000 más pobres (en un mundo de 6.100.000.000 en total).

En ese mundo a la vez globalizado y profundamente escindido, el discurso está dominado por los medios de comunicación masiva, que son hoy el principal agente culturalizador (sin duda muchísimo más influyentes que la escuela) y en ellos se depositan las lecturas oficiales, bastante homogéneas a esta altura ya que también los medios de comunicación masiva han sido globalizados.

En esta situación, los filtros de lectura son más poderosos que nunca. Y ya se puede hablar de un “pensamiento hegemónico”, con un grado de cohesión extraordinario. Y esto debido a que los

medios de comunicación masiva, que significaron a la vez una extraordinaria democratización de la información y de la culturización, tienen sin embargo una cualidad particularmente antidemocrática: son unilaterales. El mensaje (a diferencia de lo que pasa con el mensaje oral, o con el mensaje escrito) no es de ida y vuelta sino sólo de ida. Es cierto que hay programas de radio que piden la participación de los oyentes y que mucha gente va a la televisión a los *talk shows* a exponer sus dramas personales, pero todos percibimos que se trata de una relación profunda e irremediamente desapareja en la que más bien esos “participantes”, como se los llama, son devorados, o consumidos, por el medio en el que caen.

La unilateralidad va acompañada de dos fenómenos que también aportan lo suyo: la fragmentación y la espectacularización. Es decir, un emisor muy muy muy grande –pensemos por ejemplo en el canal CNN en el curso de la semana que acabamos de vivir– que se especializa en mensajes cortos, fragmentados y, además, redundantes, y que los presenta en forma de espectáculo. La unilateralidad, la fragmentación y la espectacularización nos colocan

más bien en la posición de espectadores volátiles y pasivos, que en la posición de lectores.

La situación general tiene un efecto de “desactivación” de lectura, que no digo que sea irreversible pero que es sin duda difícil de revertir. Nuestro protagonismo disminuye a medida que la concentración de poder aumenta, nos sentimos poco, nos sentimos prisioneros y nos sentimos anónimos. Por suerte la televisión nos consuela con su kermesse perpetua, el show, la farándula y “la noticia”.

Dentro de ese marco general leemos y escribimos la letra, enseñamos a leer y escribir la letra, leemos y hacemos circular los textos, los libros, la literatura. Lo hacemos con alguna convicción porque tenemos en claro que la letra hace falta, puesto que vivimos en un mundo letrado, ser analfabeto es sinónimo de ser excluido. Pero con menos convicción tal vez de lo que se hacía en otros tiempos. A veces, incluso, parecemos al borde de preguntarnos. ¿realmente, valdrá la pena todo este esfuerzo?

La vieja idea de lectura, la vieja idea de convertirse en lector han entrado en crisis. Como tantas otras cosas que parecían eternas.

¿Qué hacemos? ¿Nos vamos a poner a llorar?

¿Vamos a simular que en realidad no pasó nada?

Para mí no, ni llorar ni hacerse los desentendidos. Leer. Un lector está siempre dispuesto a volver a leerlo todo. La crisis incluye el quebrantamiento de muchas cosas, pero no todas son cosas que yo llamaría deseables. Es cierto que en una época tan feroz en lo social, uno siente cierta nostalgia por esos lectores entusiastas de las primeras décadas del siglo XX, por ese optimismo lector que hacía de la lectura una empresa personal sin límites, capaz de llevarlo a uno a saltar las barreras sociales a convertirse en hijo de sus lecturas, o hijo de su lectura. Pero hay que reconocer que, entre las cosas que se quebraron, también se quebraron muchos cánones vetustos, muchos prejuicios, y muchas rigideces. Que aparecieron nuevas formas, nuevos textos, nuevos vínculos, nuevas percepciones, nuevas maneras de leer, y también que el grado de extensión –o de democratización–, al menos potencial, de la lectura es máximo (a uno, a mí por ejemplo, le puede dar un feo escozor ver unos pocos títulos en las góndolas del supermercado en lugar de muchos títulos en una pequeña y deleitosa librería, pero tiene que aceptar que esos pocos títulos están al alcance de muchísima gente). Y, si bien el

hecho de que todo se haya convertido en espectáculo es aterrador de a ratos, y en gran medida paralizante, también tiene como consecuencia que las cosas se han vuelto muy visibles, para todos, de manera que, si uno se pone en posición de lector, hay oportunidades de leer, muchísimas oportunidades.

La cuestión es cómo pegar el salto. O dar el paso atrás. Cómo retirarse a la sombra de los párpados bajos para considerar, y leer. Ya se dijo que, en esta sociedad, la de la lectura no es una posición fácil ni auspiciada. ¿Cómo hacer para volver a “hacerse cuestión”, volver a sentirse perplejos, permitirse abrir las preguntas sin darlas por cerrado de antemano con discursos que fluyen sobre todos como grandes masas de agua, mojándonos hasta el tuétano? “Hacerse cuestión” supone no aceptar el pensamiento hegemónico que dice “así son las cosas”, y es natural que así sean. Un lector lee siempre, busca indicios, construye sentido, hace sus conjeturas.

Aquí entra la escuela. Ésta puede ser su tarea en estos tiempos nuevos.

Habrá que elegir. Una de dos: o la escuela sirve para transmitir la lectura oficial y reproducir las estructuras (con lo que le alcanza con enseñar

decodificación y ajustar un poquito sus contenidos) o la escuela sirve para formar lectores, o mejor dicho, porque formar lo que se dice formar el lector se va formando solo, para auspiciar la formación de lectores. Y no voy a aceptar que se me diga que primero hay que dar de comer. No porque no crea que las execrables condiciones sociales no tengan que modificarse urgentemente (la pobreza y el desempleo son el escándalo más vergonzoso que ha habido nunca porque ahora, además, es visible, nadie puede ignorarlo) sino porque no viene antes sino junto. Sin gente dispuesta a adoptar la incómoda, riesgosa y aventurera posición de lector, nada se va a modificar. Nos van a decir que todo lo que nos pasa es parte de “la naturaleza de las cosas”, como si lo que pasa en la sociedad fuese el equivalente a un terremoto, que de pronto, qué desgracia, cayó sobre nosotros, y vamos a terminar creyéndolo. Si resignamos la lectura nos vamos a creer eso y muchas otras cosas. Un lector no, un lector se permite la perplejidad, un lector se pregunta. Ponerse a leer es urgente.

¿Puede la escuela en esta etapa lanzarse a una empresa como ésta, una empresa tan tremenda, de tamaño envergadura? Espero que pueda, y sería

mejor que lo hiciera, porque si no va a dejar de tener una razón de ser, un sitio.

A partir de allí, habría que empezar a discutir cómo hacerlo, si se está dispuesto a hacerlo, cómo empezar. Que por supuesto no tiene por qué ser una única forma sino muchas y muy variadas.

Yo voy a dejar planteadas nada más que dos o tres ideas que creo que pueden servir:

Primero, la perplejidad es buena, pensar es bueno, discutir es bueno, preguntarnos, desconcertarnos es bueno. Es cierto que es “inseguro” (un argumento fatal en una época en la que el discurso de la “seguridad” les ha ganado a todos), pero es lo único que nos mantiene vivos. Preguntarnos y seguir preguntándonos, infatigablemente. Todos tenemos nuestros enigmas. Habrá que habilitarlos, no esconderlos. ¿Desde dónde quiero leer, busco leer, qué forma de lectura y qué lectura les sirven a mi desasosiego?

Segundo, los lectores se hacen con lectura, lecturas del mundo, lecturas de sucesos, de entornos, de circunstancias, de personas, de gestos, de paisajes, y lecturas de letra. la riqueza, variedad, intensidad y generosidad de las lecturas de otros que se

les acerquen van a contribuir de manera indudable en la construcción de la propia (siempre y cuando no se haya olvidado el punto primero, del vacío, del hueco, y no se pretenda apretarlas contra ellos a toda costa). Las lecturas abiertas y estimulantes suelen ser mucho más fecundas que las cartillas, que tienden a cerrar el pensamiento. La ficción, la buena ficción, la poesía, la literatura, pueden ser especialmente ricas en generar alternativas, aperturas, mundos conjeturales y liberación del pensamiento hegemónico.

Tercero, tan importante como los textos o enigmas a leer, es la figura del “otro lector”. A veces compañero, a veces mediador, a veces señalador. El encuentro lector-lector es un vínculo de gran trascendencia. Es más, creo que el vínculo entre maestro y alumno deberá ir transformándose en un encuentro lector-lector. Por supuesto que eso supone modificar muchas cosas, sobre todo cosas antaño hegemónicas, como ser que hay alguien que ya sabe y que ya aprendió que le va a transmitir a alguien que no sabe y no aprendió todavía cosas útiles, destrezas y contenidos. El vínculo lector-lector (aun si es un vínculo lector avezado-lector incipiente) saca la cuestión del ámbito del poder, la pone en

el ámbito de la exploración y la lectura, porque el lector avezado no cree que ya sabe y ya aprendió sino que, como buen lector, se sigue haciendo cuestión por todo, sigue preguntándose, quedándose perplejo, construyendo sentidos y conjeturas nuevas y asomándose a las que otros han hecho, leyendo hasta el final, leyendo para siempre jamás. Eso hace que la relación sea horizontal o aspire cada vez más a una horizontalidad.

Claro que todo esto que propongo, o imagino, tal vez un poco utópicamente, es más fácil de decir que de poner en práctica. Ya se dijo que el lector tiene que dejar de lado los discursos establecidos y seguros, tiene que estar siempre dispuesto al cambio, al acertijo. Y sé bien que hay muchos maestros y bibliotecarios y profesores universitarios que no aspiran a ser lectores, y que se ven más bien como empleados. No crean que me hago tantas ilusiones al respecto. Puede parecer que me las hago, pero no, no me las hago. En todo caso hablo para los que estén dispuestos a pegar el salto.

Hablo para los que estén dispuestos a retirarse a los párpados bajos, vestidos con sus quimonos de seda (un detalle muy importante), entrecerrar los ojos

en medio del estruendo y la muchedumbre, de los rigores y los bretes, de los simulacros y las kermesses, y considerar lo que estamos viendo, y viviendo, sacar conclusiones, contemplar desde lejos. Una vez adoptada esa posición, difícil pero deliciosa, trabajo y placer, todo junto, podremos ponernos a pensar en la literatura y en la escuela.

Un consejo para escritores
principiantes: “Cuando se trata
de escribir, eres lo que lees”

AIDAN CHAMBERS

Artículo traducido por

Laura Canteros.

EL MEJOR consejo que puedo dar a alguien acerca del acto de escribir es: Lee mucho. Si lo piensas, toda escritura es una lectura. Al fin de cuentas, la escritura tiene por objeto la lectura. Escribo para leer lo que he escrito. ¿Y quién no lo hace? Y escribo porque quiero comunicarme con los demás, con los lectores. Por lo tanto, ser escritor significa ser lector desde todo punto de vista.

Conozco a muchos escritores. Cada uno de ellos lee tanto por el placer de leer como ‘por trabajo’. Y la mayoría lee muchísimo. Como escritor, eres lo que lees. Aquello que incorporas como lector influye en lo que produces como escritor: la clase de cosas sobre las que escribes, la manera en que manejas el lenguaje, la forma en que cuentas historias, compones poemas, construyes obras dramáticas u organizas tus ensayos. No puedes evitarlo. Así son las personas. Y todos los artistas, todos los artesanos, aprenden a perfeccionarse estudiando las obras de los demás, especialmente las de aquellos a quienes admiran y consideran los mejores. Escribir es a la vez arte y artesanía. Por ello, lo que lees es tan importante como cuánto lees.

¿Qué otros efectos produce la lectura? Acabo de revisar el cuaderno de notas que llevaba mientras

escribía mi novela *The Toll Bridge*. Creo que las lecturas que he anotado se dividen en cuatro categorías principales.

- Lectura que me da ganas de escribir. Algunos autores, algunos libros me dan ganas de volcar palabras en el papel. Me estimulan, despiertan mi apetito, me impulsan a seguir adelante en tiempos tediosos y difíciles. Me proporcionan normas para evaluar mi producción.

- Lectura que me informa sobre lo que necesito saber para escribir mis propios libros. Supongo que la mayoría de las personas lo llama ‘investigación’. Para algunos episodios de *The Toll Bridge* necesitaba información acerca de temas tales como la fase en la vida de las mujeres que se denomina menopausia, los efectos y el abordaje terapéutico, y una condición psicológica particular llamada Estado de Fuga. Entonces me puse a leer libros de medicina. Necesitaba datos acerca de la historia y la arquitectura del puente donde transcurre el relato. Y me puse a leer un libro de historia local acerca del puente. Los juegos eróticos que se llevan a cabo en las fiestas de adolescentes, la ornitología y mitología del cuervo, la historia de Jano, el dios de la antigüedad, y mucha

otra información la obtuve en los libros. Si quieres escribir algo, necesitas materia prima para tu trabajo. La lectura de libros (y, en la actualidad, de material en Internet) es la mayor fuente de suministro.

- Lectura que me enseña a escribir o que perfecciona mi escritura. Siempre que leo, parte de mi mente está alerta para descubrir fragmentos que colaboren con mi propia escritura. Suelo comenzar a leer un capítulo de una novela y me descubro pensando: “Ésta es una buena manera de comenzar”; entonces la archivo para adaptarla más tarde a mi propia producción. Incluso suelo copiar el fragmento en el cuaderno que siempre acompaña a la novela que estoy escribiendo, a fin de no olvidarlo. Muchas veces, cuando me siento atascado y tengo dudas acerca de la manera de desarrollar una escena, recorro los estantes de la biblioteca donde se encuentran mis autores preferidos, los libros que admiro, a la búsqueda de una escena que me dé una pista o me proporcione un marco de referencia, un modelo que me permita avanzar. De ninguna manera ‘copio’ servilmente. Pero existe una verdad que no suele admitirse públicamente: toda escritura es un robo. Tomas de otros autores aquello que te ayuda y lo reciclas en algo propio.

- Lectura que aleja mi mente de mi propia escritura. “Mientras escribía”, afirmaba Ernest Hemingway, “necesitaba leer después de escribir... para no pensar en mi trabajo ni preocuparme hasta el momento en que lo retomara”. Sé por experiencia lo que eso significa. Hay libros que me dan ganas de escribir y hay libros que me permiten tomar distancia de mi trabajo y me refrescan. Aquellos que me refrescan y renuevan mi energía difieren según el libro que esté escribiendo. Mientras escribía *The Toll Bridge*, *El factor humano* de Graham Greene me sirvió para recargar las pilas tanto como los libros de Paul Auster, Marguerite Duras, Margaret Mahy, Jan Mark, Kazuo Ishiguro, Cees Nooteboom, Jeanette Winterson y muchísimos más.

De todo lo anterior, se podría inferir que la lectura es para mí sólo un elemento que me ayuda en mi trabajo. Y de ninguna manera es así. En primer lugar soy lector y luego escritor. La lectura hace de mí quien soy. La escritura me transforma. Estaría perdido si no leyera, no sabría quién soy. Al leer lo que he escrito, descubro en qué me he transformado.

Dos sugerencias:

Primera: Lleva un registro de lo que leas. Nada

complicado, simplemente un cuaderno con una lista de la fecha en que hayas terminado de leer un libro, su título y autor. Leer es como viajar. Es importante saber dónde has estado porque, de lo contrario, es fácil olvidarse.

Segunda: Aprende a leer lentamente y aprende a escuchar lo que estás leyendo como si se tratara de una lectura en voz alta. Toda lectura, toda escritura consiste en utilizar el lenguaje. Presta atención tanto a la manera en que se utiliza el lenguaje como a cada uno de sus elementos: el sonido de su música, sus ritmos y tonadas, su cadencia, sus pausas, su síncopa y sus armonías, sus discordancias y polifonías, aquello que se dice y aquello que no se dice. Para lograrlo es necesario que leas con la suficiente lentitud como para escuchar el sonido de su música en tu cabeza. (Si te resulta difícil escucharlo dentro de tu cabeza, léelo en voz alta).

Si actúas de esta manera, alcanzarás el objetivo de toda lectura y toda escritura, que es el siguiente: disfrutarla tanto como para hacer de ella un motivo de goce permanente y vivir la vida en plenitud.

Carta con cartilla
Acerca del buen escribir

DARÍO JARAMILLO AGUDELO

La profesora Patricia Londoño, de la Universidad de Antioquia, pidió a Darío Jaramillo una nota para la elaboración del curso Los historiadores y el oficio de escribir. Este texto es el resultado. Tomado de: Leer y releer, n° 14. Departamento de Bibliotecas Universidad de Antioquia.

El lenguaje oral y el lenguaje escrito no son iguales. Esta afirmación se prueba con un experimento: transcribir una exposición verbal. De inmediato se notará que el lenguaje hablado –sucesivo en el tiempo– está lleno de repeticiones de palabras, de énfasis tonales, de circunloquios que no son de recibo en el lenguaje escrito, no sucesivo en el tiempo sino simultáneo sobre la página y que exige un orden que no posee la exposición oral.

De esta diferencia radical se sigue un escolio: así como el individuo gasta sus años en dominar el lenguaje hablado, también el aprendizaje del lenguaje escrito necesita tiempo y dedicación. ¿En qué consiste este aprendizaje? Hay dos extremos, el primero –el de la excelencia– es el dominio de la escritura como arte, producto de la vocación, dedicación y talento de algunos privilegiados, como García Márquez. El otro extremo es el mero conocimiento de la caligrafía para poner por escrito, con torpeza y miedo, algunas ideas deshilvanadas.

El aprendizaje que se le exige a un profesional, a una persona culta, ha variado con el tiempo. Durante muchos siglos la expresión escrita debía ser un

idioma distinto al hablado. Hasta el siglo XVIII muchos textos se escribían en latín. En algunas épocas –recurrentes– el dominio de la escritura consistía en el conocimiento de mundos simbólicos, de analogías que exigían ingenio y erudición.

En tiempos más cercanos, la medida de la calidad de la escritura se definía por un valor difícil de establecer: la elegancia. El texto escrito, aun el manual más descriptivo, estaba tocado por un tono radicalmente diferente al del habla, empeñado en cierta solemnidad, aún en cierto engolamiento, cuyos restos arqueológicos son la retórica parlamentaria de hoy.

En nuestro tiempo, la calidad del lenguaje escrito se mide por la claridad. El adorno, antes estimado, puede estorbar, el circunloquio es defecto. No me refiero a la escritura artística, donde el toque personal es válido; sólo que antes de llegar a ese nivel es preferible aspirar al paso anterior, donde el lenguaje escrito es instrumento para la transmisión de ideas.

Estamos en una época en la cual escribir bien es escribir claro. Escribir claro no es fácil. Dice Cocteau: “que con lo fácil que parece, no se note el trabajo que nos costó.”

Para expresar con claridad una idea, lo primero que se requiere es tenerla clara. Es imposible expresar con nitidez aquello que apenas se vislumbra confusamente. Este asunto, sin embargo, escapa a unas instrucciones que se encaminan a dar consejos prácticos sobre la escritura, y no propiamente sobre la capacidad de discernimiento.

La claridad consiste en lograr que la idea que se quiere transmitir llegue sin estorbos, sin equívocos, ordenadamente, al lector. Que el empaque no se note.

El propósito permanente de un texto es que sea diáfano. Es un error táctico proponerse otros fines, tales como la profundidad o la originalidad, pues resultan alambicados, pretenciosos y retorcidos.

Hay textos que resultan profundos y originales porque el mensaje que expresan es original y profundo. Pero jamás se conseguirán la profundidad y la originalidad como fruto de la mera redacción. “Cómo serán por dentro las cosas, si por fuera son tan profundas”, dijo un poeta.

2

¿Cada cuánto tiempo escribe? ¿Cuándo fue la

última vez que escribió? La mayoría de las respuestas a estas dos preguntas denuncian en casi todo el que las responde una lamentable falta de práctica en la expresión escrita. De ahí se sigue, casi siempre, un comentario de los estilos siguientes:

- Yo no sé escribir. (Tiene razón).
- No tengo facilidad para escribir. (Cierto).
- Me cuesta mucho escribir. (Ciertísimo).

Lo importante aquí es subrayar que lo que uno no sabe lo aprende, tener dificultad para cualquier actividad no la hace imposible. Al principio cuesta más, como cuando se inicia cualquier entrenamiento, pero gradualmente se adquiere práctica y se vence el temor reverencial a la palabra escrita.

Esto se parece a:

- Un programa de entrenamiento.
- Aprender a tocar un instrumento.
- Hacer gimnasia.

Me refiero a que todo empieza con unas rutinas.

-¿Con qué escribo?

Definir qué se ajusta más a mi comodidad, a mi gusto: lápiz –en ese caso tener varios, tener sacapuntas–, pluma fuente –ojo con las reservas de tinta–,

esferográfico, plumígrafo, directo sobre el teclado. Cada uno sabe qué instrumento le satisface más. O debe definirlo.

–¿Sobre qué?

Un cuaderno, una libreta con líneas, sin líneas, en papeles sueltos, sobre la pantalla. Siempre es recomendable definir estas materias en función de la comodidad.

–¿Dónde?

Tener un lugar fijo, un territorio, ayuda a la concentración. Son importantes la buena luz –ojalá entrando desde la izquierda– y la comodidad del cuerpo, principalmente de la espalda. Y estar lejos de las interrupciones. Es imposible escribir y conversar, escribir y cocinar, escribir y ver televisión, al tiempo.

–¿En qué posición?

Hemingway escribía sobre un atril, de pies. Luis Vidales decía que escribía desnudo y acostado, pero en general, la posición más convencional es sentado, apoyado sobre una mesa. Un poeta colombiano dice que para escribir se necesita una mesa, una musa y una moza.

Lo esencial de estas rutinas es facilitar el proceso de la escritura, de modo que la velocidad de la

mano fluya y el cerebro se acomode a esa velocidad sin acosos.

—¿Qué tener cerca?

Mínimo un diccionario de significados, el Larrouse o el diccionario de la Academia. Ojalá, también, un diccionario de sinónimos.

—¿A qué horas?

Es importante establecer el hábito. Hay individuos noctámbulos, que se concentran mejor en el silencio de la noche. Los hay diurnos, madrugadores.

3

Lo primero es el contenido. Cuál es el mensaje. Qué piensa transmitir.

Por esto, su primera preocupación al escribir consiste en vaciar su idea. Para esto trate, antes, de hacer un esquema que le dé un rumbo, como quien traza un plano, como quien mira el mapa del camino que recorrerá. Y luego escríbalo, pensando en su idea.

En esta primera etapa de la escritura no se preocupe de la forma ni del orden. Ante todo: no tenga más de un problema por resolver al tiempo. Si usted, inexperto o inseguro de su expresión escrita, además

del contenido de su texto, intenta simultáneamente hacerla clara, fluida, ordenada y sin repeticiones, se arma un lío. No se preocupe de la expresión correcta y transparente. En la primera etapa ocúpese tan solo del contenido de su mensaje. Lo primero es el “qué”.

Una de las ventajas de la lentitud y de la deliberación analítica de cada palabra que exige la escritura, consiste en que a uno se le ocurren ramificaciones, derivaciones, precisiones, distingos, datos: inclúyalos en el momento en que se le ocurren (entre paréntesis, si es del caso). Luego llegará el momento de aprovecharlos, descartarlos, darles un orden.

4

¿Terminó de escribir todo su “qué”? ¿Está seguro? Pues si terminó su “qué” y piensa que ya acabó de escribir, está totalmente equivocado.

Cuando está en este punto es cuando comienza el verdadero proceso de escritura.

En seguida va un solo párrafo dedicado a destacar la importancia de una frase:

Escribir es corregir.

Escribir es corregir. Lo más impresionante –y abrumador– de la escritura es que todo texto es,

siempre, susceptible de mejorar. Muchos editores de literatura prefieren que la corrección final de las pruebas de los libros no la realicen los autores, pues éstos suelen seguir corrigiendo obsesivamente hasta la víspera de la impresión.

Escribir es corregir y la corrección comprende varias etapas distintas entre sí. Esto es importante porque cada etapa debe realizarse una por una.

Es necesario corregir el conjunto, cada párrafo, cada frase, cada palabra: en realidad, aquí estoy enunciando una metodología que va del conjunto al detalle, del todo a las partes.

En la lectura de conjunto se impone la necesidad de controlar el orden general del discurso. Que el texto tenga un desarrollo coherente, un principio y un final, que el lector no tenga que dar curvas y mucho menos devolverse en la lectura.

Si el objetivo del texto es una narración, lo que más ayuda es el orden cronológico. Si es una descripción, se aconseja ir del conjunto al detalle. Si es conceptual, igualmente, desarrollar de la idea principal a sus ramificaciones.

Después de la corrección global, es importante revisar cada párrafo: las repeticiones de palabras,

la conjugación de los verbos en el mismo tiempo, la puntuación.

Después, frase a frase. Que sea coherente, que esté bien ordenada (sujeto-verbo-complemento) y la ortografía.

Un párrafo sobre la ortografía.

La ortografía se tiene o no se tiene. Cuando no se tiene es muy importante revisarla y corregirla, pues un error de ortografía hace dudar de lo que estamos diciendo. Quien no tiene buena ortografía, pierde credibilidad.

Y unos párrafos finales sobre la corrección frase a frase:

–Ensaye a leer cada frase sin los adjetivos que contenga; es una buena manera de juzgar si el adjetivo no agrega nada al significado; “cuando el adjetivo no da vida, mata”, decía un poeta de Chile.

–Todos tenemos muletillas (yo, además, soy propietario de unas muletas): es muy importante limpiar la prosa de estas frases que sirven de apoyo al pensamiento pero de obstáculo a la transmisión del mensaje.

–Es recomendable mirar las frases negativas. En general (“en general” es una mentira mía), es

de más fácil comprensión una frase expresada en sentido positivo. Al contrario, una negación es difícil y una fila de negaciones puede llegar a ser incomprendible.

–La precisión en el lenguaje es parte de la claridad. Creo que el género más difícil es el de las “instrucciones prácticas”: las *directions* de las sopas enlatadas, me parecen una obra maestra de la redacción. El secreto consiste en llamar cada cosa o cada acción con su nombre o con su verbo apropiado. En nuestro idioma existen sustantivos y verbos “fáciles”: hacer, ser, tener, cosa, objeto, todos vocablos absolutamente necesarios cuando se precisa, pero que se usan como reemplazo de palabras menos vagas.

5

Y con esta me despido: sí, el género más difícil de la escritura consiste en dar instrucciones prácticas. Releyéndome, confirmo que mientras escribía violaba todas las reglas que prescribí.

POR QUÉ LEER
Y ESCRIBIR FUE
EDITADO POR
EL INSTITUTO
DISTRITAL DE
CULTURA Y TURISMO
Y LA SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN DISTRITAL
PARA SU BIBLIOTECA

libro al viento

BAJO EL NÚMERO
VEINTITRÉS Y SE
IMPRIMIÓ EL MES DE
MAYO DEL AÑO 2006
EN BOGOTÁ





LIBRO AL VIENTO

Títulos publicados

Antígona
Sófocles

El 9 de abril, fragmento de *Vivir para contarla*
Gabriel García Márquez

Cuentos para siempre
Grimm, Andersen, Perrault y Wilde

Cuentos
Julio Cortázar

Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá, selección
de las *Crónicas de Santafé y Bogotá*
José María Cordovez Moure

Cuentos de animales
Rudyard Kipling

El gato negro y otros cuentos
Edgar Allan Poe

El beso y otros cuentos
Anton Chejov

El niño yuntero
Miguel Hernández

Cuentos de Navidad
Cristian Valencia, Antonio García,
Lina María Pérez, Juan Manuel Roca
Héctor Abad Faciolince

Novela del curioso impertinente
Miguel de Cervantes

Cuentos
Rafael Pombo

La casa de Mapuhi y otros cuentos
Jack London

¡Qué bonito baila el chulo! Cantas del Valle de Tenza
Anónimo

El beso frío y otros cuentos bogotanos
Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes Posada,
Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero,
Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero

Los vestidos del emperador y otros cuentos
Hans Christian Andersen

Algunos sonetos
William Shakespeare

El ángel y otros cuentos
Tomás Carrasquilla

Iván el Imbécil
León Tolstoi

Fábulas y cuentos
León Tolstoi

La ventana abierta y otros cuentos sorprendentes
Saki, Kate Chopin, Henry James, Jack London,
Mark Twain, Ambroce Bierce

Por qué leer y escribir
Francisco Cajiao, Silvia Castrillón, William Ospina, Ema Wolf,
Graciela Montes, Aidan Chambers, Darío Jaramillo Agudelo

